

“VIAJE A VENEZUELA” POR EL BARÓN ERNST VON HESSE WARTEGG. 1887

Héctor PÉREZ MARCHELLI

Universidad de Los Andes. Núcleo Rafael Rangel. Trujillo. Venezuela. Email: hperez@reacciun.ve

INTRODUCCIÓN

El barón Ernst von Hesse Wartegg, explorador, naturalista y escritor, llegó a Venezuela en el último trimestre de 1887. Sus observaciones las publicó en tres partes en el diario *The Sun*, de Nueva York, y en el *Petermaans Geographische Mitteilungen*. “A Journey in Venezuela” y “Beobachtungen uber den See Von Tacarigua in nordlichen Venezuela” (Ernst von Hesse Wartegg “Observaciones sobre el Lago de Tacarigua en el norte de Venezuela” *El Lago*, Valencia, nov-dic 1969, III, 18, pp. 175-182) aparecen el 27 de noviembre, el 4 y 25 de diciembre de 1887 y en 1888, respectivamente. Su relato nos ofrece una buena imagen del país a finales del guzmancismo.

Hesse Wartegg nació en Viena el 21 de febrero de 1851. Recorrió el sur de Europa, los países danubianos, Turquía, Siria, las Indias Occidentales y la América Central, Las Montañas Roquizas y las praderas de los Estados Unidos, la cuenca del Mississippi, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto, Sudán. Nuevamente en los Estados Unidos casó en 1881 con Minnie Hauk (1852-1929), célebre soprano norteamericana, autora del libro *Memories of a singer* (Londres 1925). Fue corresponsal del *Neue Freie Presse* y del *Kolnische Volkszeitung*. A su llegada a Venezuela, a los treinta y seis años, había escrito varios libros de viajes. Su objetivo principal era estudiar el Lago de Valencia, obligado por las circunstancias a permanecer en Caracas, narra con espontaneidad y buen sentido del humor nuestra idiosincrasia. Al confrontarnos con otros países, aplaude los aspectos positivos y caricaturiza las fallas. Sus anécdotas, la descripción de prominentes personajes hacen del texto del reportaje un documento de gran valor por lo gráfico. Gano la simpatía de los venezolanos y a partir de 1889 fue nombrado Cónsul en Berna.

En compañía de su esposa realizó tres vueltas alrededor del mundo, visitando Indochina, China, Japón y Corea. En 1903 fue al Brasil. Durante sus últimos años vivió en Zurich. Murió en Villa Tribischen, cerca de Lucerna, el 17 de mayo de 1918.

BIBLIOGRAFÍA DE VON HESSE WARTEGG

1. *Schädlich und nützliche Insekten*. 1872-82. 3 Bde.
2. *Unterseeische Tunnelbauten*. 1875.
3. *Präriefahrten*. Leipzig. 1877. 2da. ed. 1878.
4. *Die Pariser Weltausstellung* il. Wien 1878.
5. *Die Atlantischen Seebäder*. Wien. 1878.
6. *Nord-Amerika, seine Städte und Naturwunder seine Land und seine Leute*. Leipzig. 1879, 2da. ed. 1885-87, il.
7. *Mississippifahrten*. Leipzig. 1881
8. *Tunis, Land und Leute*. Wien. 1882, il.
9. *The Caravan Route between Egypt and Syria*. 1882.
10. *The New South West*. 1883.
11. *Mexico and Central America*. 1885.
12. *Kanada und Neufundland*. Friburg. 1888.
13. *Die Tierwelt Deutschlands*. 1888-90. 2 Bde.
14. *Mexico, Land und Leute*. Wien. 1890. il.
15. *Tausendundein Tag im Occident, Kulturbilder, Reisen und Erlebnisse in Nord Amerika*. Leipzig. 1891.
16. *Die Einheitszeit nach Stundezonen*. Leipzig. 1892.
17. *Chicago, eine Weltstadt in amerikanischen Westen*. Stuttgart. 1893.
18. *Kuriosa aus der neuen Welt*. Leipzig. 1893.
19. *Andalusien. Eine Winterreise durch Südspanien*. Leipzig. 1893.
20. *Korea*. Dresden. 1895, 2da. ed. 1904. il.
21. *China und Japan*. Leipzig. 1897, 2da. ed. 1900, il.
22. *Siam, das Reich des Weissen Elefanten*. Leipzig. 1898.
23. *Scantung und Deutsch-China*. Leipzig. 1898.
24. *Samoa, Bismarck-Archipil und Neu-Guinea*. Leipzig. 1902. il.
25. *Indien und seine Fürstenhöfe*. 1906.
26. *Amerika als neueste Weltmacht der Industrie*. 1908.
27. *Mazedonien, Serbien und Montenegro*. 1910.
28. *Die Wunder der Welt*. 1912-13. il.
29. *Zwischen Anden und Amazonas*. Stuttgart. 1915. il.
30. *Die Balkanstaaten und ihre völker Regensburg*. 1917. il.

TRADUCCIÓN DEL “VIAJE A VENEZUELA”

En la presente versión se corrigen los errores de imprenta o de transcripción de palabras en español. Aparecen en *itálicas* las palabras o frases extrañas al inglés utilizadas por el autor y aquellas de este último idioma cuya traducción no tendría sentido. Se conservan las medidas inglesas. El reportaje de Hesse Wartegg fue hallado en la Biblioteca del Dr. Pedro M. Arcaya, Caracas.

VIAJE A VENEZUELA

Desde Nueva York a nuestra hermana república a través del océano. Remontando cordilleras en un magnífico tren. Atracciones únicas de Caracas. Su alegre sociedad y sus bellas mujeres.

Entre los muchos millares de personas que con el regreso del invierno buscan refugio en los climas más cálidos, existen en el actual momento, aunque muy pocos, si es que realmente los hay, quienes persiguen las románticas ensoñadoras y soleadas islas del Mar Caribe, Florida, Bahamas y Cuba son las regiones meridionales más frecuentadas por los americanos, y la idea que parece prevalecer es que a medida que uno se acerca al lejano sur se encontrará más calor. Pero esto no es del todo correcto, por el Mar Caribe, avanzando más aún hacia el sur, existe una tierra que, de acuerdo a mi propia experiencia hace pocos meses atrás, ofrece ventajas superiores para aquellos que, siguiendo el curso de los pájaros, retoman el camino de sus peregrinaciones anuales hacia las regiones de eterno verano. Me refiero a Venezuela, una de las dos repúblicas situadas al norte de Suramérica, cuna de Bolívar, hogar de Guzmán Blanco, el paraíso del café y del cacao. Aunque a más de 1800 millas al sur de Nueva York y aparentemente mucho más lejana que cualquiera de las soñadas islas de las Indias Occidentales, a Venezuela se llega más rápida y placenteramente que a la mayoría de aquellas.

Una línea americana de vapores, de las muy pocas compañías con la bandera de las barras y estrellas, conecta a los Estados Unidos de Norteamérica con la hermana república del sur. La Línea D Roja despacha cada diez días uno de sus espléndidos vapores de pasajeros a los puertos venezolanos y, juzgando por mi propia experiencia al *Valencia* y el *Philadelphia*, estos barcos de construcción americana, flameando los colores americanos y tripulados por americanos, son comparables, en verdad de manera favorable, con cualquiera de las extraordinarias líneas de trasatlánticos, en lujoso confort, cocina y administración.

Una helada mañana de setiembre, indicio de la aproximación de los fríos de otoño, el *Philadelphia*, bajo

el mando del capitán Hess, pasó al lado de la estatua de La Libertad, y al día siguiente ya habíamos alcanzado las calientes aguas de la Corriente del Golfo, primeros mensajes de los mares tropicales.

La activa vida de la gran ruta oceánica a Europa es desconocida aquí. Al navegar en línea recta a través del golfo de Georgia avistamos a los casi cinco días el contorno de las oscuras montañas de Santo Domingo y Puerto Rico, sin tropezar un solo vapor, sin ver un solo barco de vela.

Ciento de alegres toninas acompañaban a nuestro excelente barco, algunas veces saltando fuera del agua, en filas de doce o más, como si obedecieran las órdenes de un invisible capitán, y por ratos se aproximaban a nuestro costado. A veces algunos voladores dejaban las aguas y elevándose diez a veinte pies sobre las olas, se dispersaban en distintas direcciones. Algunos de ellos atravesaban el aire con la rapidez y elegancia de las golondrinas, para regresar al agua a muchos cientos de yardas de distancia. Una mañana encontré a unos de estos interesantes animales de un pie de largo, en la cubierta cerca del timón. Incapaz de elevarse a no ser del agua, se convirtió en presa de los marineros quienes se deleitaron con la delicadeza de la exquisita carne de estos habitantes alados de los mares del sur. Las secas, transparentes alas del animal son ahora marca-libros en mi agenda de notas. Las gaviotas, fieles compañeras de los viajeros del trasatlántico, son desconocidas aquí y su lugar es tomado por el alcatraz, mucho más grande en forma y tamaño, algo así entre la gaviota y el albatros del hemisferio sur. Mientras las gaviotas raramente se posan en el barco, a veces tenemos cantidades de *alcatraces* descansando en la barandilla.

Al quinto día de abandonar a Nueva York, atravesando el pasaje Mona, entre Puerto Rico y Santo Domingo, llegamos a la isla holandesa de Curazao; al séptimo día, y diez horas más tarde, nos encontramos en La Guaira, uno de los principales puertos de Venezuela. ¡Qué cambio tan maravilloso de clima, de paisaje y de ambiente cotidiano en el corto tiempo de una semana! A un solo paso de la zona de la temperatura tropical. A un paso del avanzado norte con telégrafo y teléfono al soñado, paradisíaco sur. Desde la niebla a un día luminoso y tibio. Un paso de un continente a otro y ¡ay! desde el siglo diecinueve al dieciocho. Para el viajero no iniciado, este cambio viene a ser decisivo cuando llega a las playas de la costa norte de Suramérica, con sus oscuras, escarpadas hileras de montañas que se elevan abruptamente desde el mar en diferentes etapas de 8000 a 10000 pies de altura, y aparece aún más atractivo especialmente cuando en algunas ocasiones las tormentas tropicales y los huracanes agitan la naturaleza, cuando las umbrosas inmensas montañas están veladas por nubes, y el barco ha sido lanzado por grandes marejadas como la que nosotros encontramos en la vía a

La Guaira. Mis pensamientos se remontaron a los tiempos de Colón, quien con sus frágiles carabelas de no más de una veintena de toneladas de carga, descubrió estas playas rodeadas por un paisaje similar, pasando con su energía indomable, por entre Boca de Dragón y Boca de Serpiente, dos peligrosos estrechos entre el continente y la isla de Trinidad; arrastrado entre rocas ocultas, corales, rápidas corrientes; lanzado como una cáscara de nuez por los mares tempestuosos, completamente desconocidos para él. navegando por estas prohibitivas costas sin contar siquiera con una bahía o un puerto seguro. Sin duda me hallaba contento de traer conmigo el libro *Life of Columbus* de Washinton Irving, pues, viajando por su ruta, puede apreciar al extremo sus maravillosos conocimientos.

Pocas horas después la tormenta se apaciguó y al descender del barco ya anclado en la rada, pequeños botes de remo nos llevaron a las playas de Suramérica, al pueblo de La Guaira con sus bellas hileras de palmas, sus sombreadas plazas con fuentes de agua y finas estatuas. Un bronce ecuestre de Guzmán Blanco, el Napoleón de Venezuela, es el primer objeto de interés que da la bienvenida al viajero cuando llega a la aduana, y aunque parezca extraño, el espíritu de Guzmán Blanco lo acompañará por la república a donde quiera que pudiera encaminar sus pasos. Su energía, influencia, sabiduría y obras están patentes en cada pueblo y en cada camino por todo el país. El es, en pequeña escala, al mismo tiempo, el Julio César y el Boulanger de Venezuela. Como César, conquistó los enemigos del país, trajo la paz y el orden; como Napoleón, creó comunicaciones entre los diferentes estados y ciudades, como Haussman, convirtió la progresista capital de la república en una bien gobernada ciudad suramericana; al igual que Boulanger, organizó el ejército y se candidateó él mismo. Padece de excesiva vanidad, pero en su caso la vanidad está compensada por los grandes logros del estadista en todas las ramas gubernamentales.

En La Guaira, la primera ciudad de Venezuela que nosotros vimos, todo se debe a su trabajo. El muelle de la Aduana, las plazas, calles, aceras y el tren a Caracas, uno de los mejores, y notable técnicamente de Suramérica.

Caracas, capital de Venezuela, yace allí, entre las cordilleras, a 3000 pies sobre nosotros, encerrado su valle por montañas de 8000 a 10000 pies de altura. Su distancia a La Guaira es un poco más de seis millas en línea recta, pero son tan accidentadas las montañas interpuestas, las pendientes son tan hondas, las cimas tan altas, los valles tan profundos, que por mucho tiempo la construcción del ferrocarril fue considerada un imposible. Pero Guzmán Blanco dijo que la obra debía hacerse; limitó el tiempo para su construcción, y allí está! la vía fue abierta en el lapso de tiempo que él había

fijado. Es una extraordinaria obra de ingeniería, como la que he visto únicamente sobre el Gotthardt y el Brenner.

Al poco tiempo de dejar a La Guaira en el confortable tren, pasamos entre una hilera de palmeras del pueblo de Maiquetía y ascendimos a las montañas, cruzando precipicios y serpenteando curvas que nos hacía erizar. A miles de pies sobre nosotros laderas de montañas abruptas, miles de pies abajo sombreados valles, cortada la fértil tierra por la acción de torrentes. La Guaira y Maiquetía yacían a nuestros pies con sus pequeñas y dispersas casas como ladrillos caídos de las montañas, con palmeras como pequeños fósforos, y morenos venezolanos zigzagueando como hormigas. Por veintisiete millas nuestro tren rueda cuesta arriba, entre el cielo y la tierra, entre la vida y la muerte, sobre horribles precipicios, sobre lomas de montañas, bordeando curvas de menos de treinta yardas de diámetro, con media docena de ellas por cada milla. Pero el único accidente que encontramos fue de distinta naturaleza del que se esperaba en cada vuelta.

En el valle de Maiquetía tuve noticias del terrible estrago que los saltamontes hicieron sobre las plantaciones de bananos, mangos y fruta de pan con las que este bello lugar estaba adornado. Enormes langostas cubrían literalmente la tierra y pasaban sobre nuestras cabezas en grandes cantidades que parecía una tormenta de nieve. A poco nuestra locomotora no podía avanzar más allá debido a la grasa de aquellos que habían sido aplastados en la vía haciendo deslizar las ruedas, siendo necesario lanzar arena en los rieles. Poseo una de las langostas de ocho pulgada de largo. La langosta es una de las mayores plagas de Venezuela.

Nuestro tren subía cada vez más alto a través de las vertientes de las montañas cubiertas de niebla. El mar azuloso que habíamos visto a la distancia desapareció detrás del monte. El pesado calor de la costa tropical, que había abierto nuestros poros y causado profusa transpiración mientras nos encontrábamos en La Guaira, había cambiado por una deliciosa brisa fresca, perfumada por la rica vegetación. Al fin llegamos al valle de Caracas y desde la cumbre de la montaña, por la que nuestro tren pasó, mi vista se encontró con un panorama que no puede ser olvidado tan pronto. Caracas es una de las ciudades más pintorescas que jamás he visto durante quince años de viajes por cuatro continentes. Situada en un bello y verdoso valle de dos a tres millas de ancho y más de una docena de millas de largo, los rojos y bajos techos, las numerosas cúpulas y torres rojas, entremezcladas con las copas de las elevadas palmeras y otros árboles siempre verdes, forman el maravilloso paisaje con un suntuoso marco de altas montañas, alguna de ellas como la Silla del Avila y el Naiguatá elevándose casi a los 7000 pies sobre el nivel del valle. Elegantes carruajes lo llevan a usted por un precio moderado por las congestionadas calles

bordeadas por elegantes casas, y aquí el viajero se sentirá gratamente defraudado.

Tanto se ha comentado sobre las miserables condiciones de los hoteles del Sur y Centroamérica, que me sorprendió, en verdad, encontrar al *Hotel Americano* con sus enseres y cocina parecidos a la mayoría de los hoteles franceses en Europa, y bastante superior a los hoteles ingleses en las ciudades del tamaño de Caracas. Grandes salones de espera alfombrados, bien amueblados, cuartos con excelente cama de resortes y baños refrescantes, eran cosas que no esperaba en Venezuela. Ciertamente, las comodidades que ofrecen los hoteles de los pueblos del interior son pésimos y no pueden describirse, pero la mayoría de los turistas, por lo general, se conforman con visitar las principales ciudades, y no tienen necesidad de ir a la provincia.

Recorrer los lugares de Caracas no fue objeto de mi viaje a Suramérica, pero durante las semanas que pasé en la capital preparando mi viaje al interior, necesariamente vi todo lo que valía la pena ver, y no vacilo en manifestar que en muchos aspectos ella es toda una réplica en miniatura de París. En toda Centroamérica, Indias Occidentales y la mitad de la parte norte de Suramérica no hay otra ciudad donde los turistas pasen varias semanas o incluso meses tan placenteros como en Caracas. Durante nuestros meses de invierno, o sea de octubre a marzo e incluyendo abril, el clima de allí es delicioso. Sin llegar a una temperatura calurosa durante el día, es fría y refrescante después de la puesta del sol, del todo igual probablemente si se compara a nuestro norteño mayo o setiembre. Caracas, con la mayoría de sus calles ordenadas como aquellas de nuestras ciudades americanas, tiene numerosas plazas sombreadas, y parques con altivas palmeras, árboles verdosos, bananos, fruta de pan, mangos, almendrones y *lechosas*. El patio o interior de la mayoría de las casas en Caracas no es más que un bellísimo jardín de flores, con plantas tropicales floridas durante todo el año. Las calles están bien pavimentadas con aceras de cemento, mejor cuidadas que las que tenemos en nuestras grandes capitales del Norte. Durante el invierno nunca llueve, pero un acueducto bien construido, labor de Guzmán Blanco, abastece con excelente agua las casas, jardines y las fuentes que hay en cada plaza. Debido a los terremotos sufridos por Caracas en tiempos pasados, las casas son casi todas de una sola planta. Excepto los edificios gubernamentales hay pocas viviendas de dos pisos, y, que yo sepa, ninguna de tres. Los ascensores y escaleras son, por consiguiente, desconocidos en Caracas y, es lógico, en toda Venezuela. Cualquiera puede pensar que estas construcciones de un solo piso con techos planos y sus alineados ventanales le dan una apariencia triste, pero nada puede estar más lejos de la verdad, porque las ventanas y puertas están abiertas y, al pasar, permiten un vistazo a los jardines llenos de flores

y a los exuberantes *platanales* de los patios. Lo anterior está usualmente adornado con flores de una clase muy superior, con bellas *señoritas*, cuyo pericido no se encuentra en toda Centroamérica. Caracas tiene, merecidamente, extendida fama por la belleza, gracia y elegancia de sus damas, pero la alta admiración de alguien no poeta sino viajero científico como yo, se sintió muy cerca de la verdad.

Desde el primer día de mi estada en la capital de Venezuela tuve la oportunidad de ver su “esplendor, riqueza y elegancia”, o al menos una gran parte de ella. En todas las grandes ciudades hispanoamericanas las bandas militares tienen costumbre de dar un concierto al aire libre en las principales plazas, que son concurridas por las mejores clases. En Caracas estos conciertos tienen lugar todos los jueves y domingos por la noche, y tuve la suficiente fortuna de ver a Caracas en su plenitud. Después de dejar el hotel lo único que tuve que hacer fue seguir a la elegante y bien vestida multitud que se dirigía a la plaza principal. Era de noche, pero las calles y plazas estaban extremadamente bien alumbradas con gas, y en la actualidad hay compañías trabajando para proveer de luz eléctrica a las diferentes ciudades de Venezuela. Pasando por la magnífica cuadra de la Universidad y la plaza del Capitolio, pronto llegué a la Plaza Bolívar, una linda cuadra con abundantes plantas tropicales y en el centro una estatua ecuestre de Bolívar de tamaño natural. Cientos de mecheros de gas iluminaban brillantemente este interesante panorama. En la parte superior de la plaza se encuentra la Oficina de Correos y la de Telégrafos, en la parte opuesta se halla el *Pallazzo* del Gobernador o, como lo llamaríamos nosotros, el *City Hall*; a los costados de la cuadra pueden verse la *fachada* de la Catedral y el Palacio del Presidente de Venezuela, la *Casa Amarilla*, nombrado así por el color de su pintura. ¿Por qué amarilla? me pregunté. ¿Tiene alguna relación el color de la Casa Blanca de Venezuela con el color de sus habitantes que son en su mayoría mulatos y zambos? Si se adoptara este principio en Liberia o Haití, nosotros deberíamos de tener allí una Casa Negra como la residencia presidencial.

Pero rápidamente mi atención fue atraída por la disciplina de una excelente banda militar tocando en la plaza los vales de Strauss. Alrededor de ellos parados, sentados y paseándose la *haute société* de Caracas, los caballeros trajeados con elegancia y las bellas damas con vestidos de exquisito gusto en color y diseño. Más tarde mi informaron que, a pesar de que hay numerosos modistos franceses en Venezuela, las mismas damas son conocedoras del arte de la *couturiere*. En ningún lugar de América, desde el sur de Washington y probablemente al norte de Río de Janeiro, he notado un gusto tan refinado en el vestir, y sería una ventaja decisiva para las señoritas de México y Centroamérica si

podieran conseguir copiar las modas de Caracas. *El rebozo* o velo español, ha sido desechado por las *caraqueñas* y han sido adoptados coquetos sombreros del último estilo parisino. Los rebozos son usados únicamente por algunas damas de la clase media, en especial los domingos en la iglesia, mientras las mujeres de la clase pobre se cubren sus cabezas con mantos blancos. Las negras usan aquí, naturalmente como en las Indias Occidentales, pañolones de colores chillones anudados alrededor de sus cabezas.

Aunque la Plaza Bolívar está abierta a todas las gentes, las clases pobres nunca entran durante las horas de concierto, pero se contentan con oír la música desde las barandas. Pensándolo bien me he encontrado en pocas oportunidades con personas tan dóciles, bien educadas como los de la clase humilde de los venezolanos. Ellos son pobres e ignorantes, pero a la vez honestos y de buen corazón. Los ladrones son desconocidos en Caracas. Las puertas permanecen abiertas de día, y por la noche parecen estar cerradas para mayor seguridad, pero no por protección. En mis numerosos y solitarios paseos nocturnos por las calles, no solamente en Caracas sino también en otros pueblos, nunca me encontré un desorden o un borracho. Después de las once de la noche todo está en silencio. Los contados tranvías que cruzan la ciudad se detienen un poco después de las diez de la noche, y a las doce las calles están absolutamente desiertas, rememorándome con frecuencia calles y casas similares a una lejana ciudad al pie del monte Vesubio: Pompeya.

Bien provisto de cartas de recomendación para las más importantes familias desde el Presidente para abajo tuve el placer de hacer contacto con mucha gente encantadora, y siempre mi estancia en Caracas perdurará entre mis recuerdos más placenteros. Como en toda pequeña ciudad Caracas tiene solo 65.000 habitantes la sociedad está dividida en círculos cerrados. El mundo oficial no se mezcla con la sociedad, por razones obvias, por lo que no quise convertirme en el *Comte de Vasili* de Caracas. El Presidente a quien fui presentado por el Ministro de Relaciones Exteriores es un caballero modesto, antiguo Presidente del estado Carabobo, designación que tomará de nuevo en la próxima primavera, después de que tengan lugar las elecciones. El es, por supuesto, como cualquier otro venezolano de prestigio, un General. Un sarcástico diplomático me dijo una vez en el Club Unión de Caracas (lugar de juego con una pequeña biblioteca para salvar las apariencias) que los Generales son tan numerosos como las langostas. Pero afortunadamente ellos están muy lejos de ser tan dañinos como esos insectos. Entre los Ministros de Hermógenes López, el Presidente, hay muchos caballeros muy capaces, pero el estadista más notable entre ellos es sin duda don Francisco González Guinán,

ministro del Interior y, con muchos otros, candidato presidencial con bastante probabilidades de éxito.

Los asuntos de la república son usualmente discutidos en Consejo de Ministros, que se reúne tres veces por semana en el Capitolio, bajo la Presidencia del Jefe del Ejecutivo. Todas las medidas del Presidente tienen que ser aprobadas por el Consejo Federal, cuyos miembros son escogidos del Senado, similar al modelo de la administración de Suiza. En general, la Constitución de Venezuela fue redactada tomando en cuenta la Constitución Suiza, con algunas enmiendas extraídas de la de los Estados Unidos. En el papel se ve muy bien, sin duda alguna, pero, desafortunadamente, el pueblo de Venezuela no está por completo a la altura de Suiza como tampoco a la de los americanos. Hay después de todo, en determinadas ocasiones, tropiezos e inconvenientes que no contribuyen a la prosperidad de los venezolanos. Algunos diplomáticos en Caracas se quejan en cierta forma de la lentitud con que los asuntos son manejados por las autoridades. Importantes asuntos son soslayados, prometidos para mañana, pospuestos y de nuevo pospuestos. *Mañana* es una gran palabra en algunos círculos oficiales. Se ha escrito que un Presidente dijo: "Todos los funcionarios que usen la palabra mañana deben ser ahorcados". Por fortuna la idea nunca ha sido llevada a la práctica, porque el degüello entre la población sería enorme. Personalmente tengo pocas razones para quejarme, excepto en un caso. El mismo Presidente me suministró una carta dirigida a las autoridades de Venezuela, a fin de facilitar una expedición científica, y los Ministros hicieron otro tanto.

El mundo oficial de Caracas no figura de modo destacado en la sociedad. El Presidente, debido probablemente a la crónica enfermedad de su esposa, no da fiestas, aunque la *Casa Amarilla* posee hermosos salones amoblados con buen gusto y bien adaptados para reuniones nocturnas. Sea como fuere, hay dos fiestas al año en el Capitolio, que tiene dos grandes salones, decorados con numerosos retratos de hombres distinguidos y bien provistos de costosos muebles franceses. La auténtica sociedad de Caracas, fuera del mundo oficial, está formado por la familia y parientes del Gral. Guzmán Blanco, el regenerador de Venezuela, de los representantes diplomáticos y consulares con sus familias, los principales comerciantes, entre los cuales los alemanes son los más numerosos y al mismo tiempo los más prominentes de la sociedad. Hay dos teatros en Caracas. *El Teatro* Guzmán Blanco es uno de los más finos de todo el continente. El año pasado una compañía italiana de opera, bajo la dirección de Madame Carreño (la distinguida pianista, también caraqueña), actuó allí. Los espectáculos teatrales de este año son muy escasos, pero los conciertos filarmónicos ofrecidos aproximadamente tres veces por mes, reúne a la bella y elegante sociedad de Caracas.

Para conocer las afamadas bellezas de la capital, uno debe asistir a ciertas fiestas privadas entre las numerosas que se ofrecen. Todo cumpleaños, todo santo, o cualquier acontecimiento familiar es la mejor ocasión para invitar a los amigos a las fiestas nocturnas. Es una costumbre en Caracas presentar a la homenajeadora del día una ofrenda floral, cuyo tamaño y belleza son verdaderamente asombrosos. *Bouquets*, herraduras y cestas de flores cubren los salones de la bella sociedad de Caracas, y me inclino a pensar que en estos asuntos muchos caballeros consultan demasiado sus corazones en lugar de sus carteras. Al mismo tiempo un elevado número de gente de la capital de Venezuela parece no estar al corriente de los grandes principios de la economía -gastar menos de lo que se gana. Pero después de haber visto las bellezas de Venezuela entiendo a fondo y a la vez perdono la debilidad de los que se dan por llamarse sexo fuerte. A la verdad, *entre nous soit dit*, personalmente, por poco pude escapar de seguir su ejemplo. Cada bello rostro, cada elegante figura, cada gracioso modal, como aquellos de las damas de Caracas se conocen muy raramente. Ellas son aficionadas con pasión al baile, son buenas conversadoras y muy expertas en el coqueteo, atraen a la gente muy inocentemente montando su trampa alrededor de las indefensas víctimas de su gracia y beldad. Ellas ejercen, de manera decidida, una buena influencia sobre el sexo fuerte, y sólo deseo que su influencia fuera más apreciada de lo que es en realidad.

Los visitantes provenientes de los Estados Unidos, si son bien recomendados, pronto se convierten en miembros bien recibidos de estos encantadores círculos sociales, compuestos, me veo obligado a añadir, enteramente por blancos. Aparte del español, muchas damas de Caracas hablan francés e inglés con gran facilidad. Son concededoras de la literatura española y francesa pero, desafortunadamente, los venezolanos desprecian un tanto los estudios superiores. La Universidad de Caracas, a pesar de que cuenta entre sus profesores a ciertos hombres, renombrados científicos, como el Prof. Ernst, por desgracia a duras penas está dotada para las adquisiciones requeridas y, a la vez, la vida científica y literaria está en un bajo nivel en Venezuela. Hay un gran número de lumbreras en la literatura y la historia como mi excelente amigo el *señor* Aristides Rojas, el *señor* Calcaño Mathieu, y otros. Pero uno debe perdonar los defectos. El clima tropical donde esta gente vive, su aislamiento y muchas otras circunstancias, son grandes obstáculos para cualquier vuelo mental. Considerando los muchos inconvenientes, el progreso y la cultura que allí se hallan son muy sorprendentes y, es cierto, están más adelantados de lo que se puede esperar a lo largo de las costas del Mar Caribe.

ENTRE LOS VENEZOLANOS *Diversiones y costumbres de la alegre gente de Caracas.*

Encantadoras damas ayudan al viajero a cazar mariposas y también con sus conocimientos. Un Coney Island infectado de tiburones. Una fiesta en la casa de campo de Guzmán Blanco.

¡Damas de Caracas, les suplico me perdonen! ¡Al escribir la semana pasada el himno de vuestras glorias, hablé de vuestros encantos, gracias y cualidades hogareñas, pero omití mencionar vuestra virtud, la gloria principal de la verdadera mujer! Las apreciaremos grandemente cuando marchando juntas la gracia y la belleza, la virtud es la tercera cualidad para completar la trinidad del amor. Pero sois virtuosas, damas de Caracas. ¿Es necesario hacer una referencia especial de ello? Lo dudé por un rato largo. Pero en este mundo hay seres que no siempre consideran lógica o natural la virtud, y no debe haber ningún malentendido acerca de ello. Además, este asunto es tan placentero que repetiré aquí lo que hice en Venezuela. Pospuse mi cabalgata a través del país por algunos días, me demoré un poco más en la encantadora ciudad de Caracas y, a pesar de que estas columnas deberían comenzar con las descripciones de este interesante viaje, detendré mi espíritu un poco más entre ustedes, damas de Caracas. ¿Debo ser culpado por ello? Mi trayecto me conducirá al campo silvestre, algunas partes abundantes en serpientes y cocodrilos. ¿Por qué, entonces, no quedarme un tiempo más con ustedes?

Además, estoy obligado con ellas por una deuda de gratitud. Las damas de Caracas fueron mis leales, devotas y, lo que es más, afortunadas colaboradoras en mi misión científica. Una tarde conduje el coche a través del bello, frondoso valle de Caracas, por el camino de Petare, a la *hacienda* del señor Ibarra. Ríos, campos de caña de azúcar y plantaciones de café con sus altos y sombreados árboles de bucare y entre ellos los pequeños arbustos verdeoscuros de café, nos rodearon por todas partes. Las márgenes del río Guaire, cuyas aguas bañan el valle, están cubiertas por inmensos arbustos de bambú de treinta, cuarenta cincuenta pies de altura. Al otro lado del río, en una pequeña elevación, se alza la vivienda de los Ibarra, en posesión de la familia desde hace un siglo o más. Las jóvenes damas fueron mis guías a través de los jardines y los campos indicándome todos los puntos de interés, y haciendo los honores de la hacienda en una forma parecida a la de las hijas de un noble español. Después de una linda tarde mis amigas y yo nos sentamos en el carruaje para regresar a la ciudad. Cuando una de las damas me hizo notar. “¿le interesa a Ud. las mariposas?”. Y sin esperar siquiera mi respuesta voló con sus propios pies a su casa y regresó un instante

después con una caja grande de madera llena de cientos de las más lindas mariposas, que hacen famosa a esta ciudad.

“Tome esto”, dijo ella, sosteniendo la caja en mi dirección, con un fulgor en sus lindos ojos y una sonrisa en sus labios, que hacía imposible mi negativa. Ahora, si alguna persona llega a ver mi colección de mariposas se inclinará a pensar: Pobre hombre! ¡Cuántas diligencias habrá utilizado para cazarlas! ¡Qué sacrificios! ¡Y yo me haré acreedor de algo del que soy completamente inocente!

En otra ocasión, mientras pasaba una encantadora tarde con la familia de Mr. Robert Hamilton, a quien siempre le estaré agradecido por sus innumerables atenciones, expresé mi intención de coleccionar las canciones populares y bailes y el folklore de los venezolanos. De inmediato la *señorita* Conchita y otras jóvenes damas presentes tocaron al piano las melodías, y cantaron las canciones del pueblo de forma perfecta. Unos días más tarde recibí una cantidad de canciones copiadas por las mismas damas. Los venezolanos son una raza musical, aman la música, tocan guitarra y piano, y cantan encantadoras canciones, improvisando versos apropiados. Nada puede ser tan interesante como una de estas fiestas nocturnas, aún entre la clase baja, donde varias personas siempre tocan sus guitarras y cantan sus canciones refiriéndose entre bromas a los asuntos amorosos y pequeños secretos de las personas presentes. ¡Qué cantidad de ingenio y buen sentido del humor! y las damas lo hacen tan graciosa y coquetamente que usted no puede cruzarse con ellas y mostrar las pequeñas debilidades. La música ha nacido con ellas. No necesitan aprenderla y lo que no impide que tengan un piano en una que otra casa, en donde practican por horas a Wagner y Beethoven, no siempre del agrado de los vecinos quienes mantienen sus ventanas abiertas de un todo. Cantantes y guitarristas los hay en los ranchos más pobres de los pueblos. La música es un entretenimiento favorito durante las noches o las pesadas horas del caluroso mediodía. Muchos de los arrieros que viajan con sus caravanas por los campos, llevan una guitarra colgando bajo sus hombros, y un día, tierra adentro, me encontré con un hombre montado sobre la pesada carga de un burro, tocando guitarra y cantando alegremente. ¡Qué gente tan humorística!

Visitando los hogares de las gentes humildes, sus sitios de reunión y fiestas, puede observar con qué gracia bailan sus propias danzas nacionales, que son del todo diferentes de los nuestros; despacio, callados y con pasos difíciles. Bailan interminablemente danzas sin descansar siquiera y sin dar visibles muestras de fatiga. Mis guías me dieron la razón: *los caballeros* del pueblo no pagan entrada en los salones de fiesta, pero tienen que pagar un *real*, equivalente a un *dime* de nuestra moneda, por cada pieza. Con razón que bailan hasta que

la debilidad se apodera de ellos, y en lo que concierne a las *señoritas*, bien querido lector, ¿ha conocido alguna vez a una joven que diga que ha bailado demasiado?

Una noche mientras cenaba en la casa de una de las más acogedoras y respetadas familias de Venezuela, la familia Lesseur, les mencioné que había visto los bailes populares, recordándome el movimiento y la melodía de un cercano parecido a las danzas húngaras, pero que no sabía sus nombres. Nuevamente las damas vinieron a socorrerme. Dos días después había una fiesta, donde tuve el placer de conocer alrededor de veinte jóvenes damas de Caracas. Ellas cantaron, tocaron la guitarra y bailaron. ¡Pero cómo bailan! Tan graciosos como esos bailes que se encuentran entre las gentes pobres, son simplemente hechiceros cuando la belleza y el refinamiento añaden un encanto indescriptible. Todavía tengo esta imagen viva ante mis ojos. Los coquetos movimientos del *zoropo*, los rápidos pasos de *La perica*, *La cochina*, y el curioso *papelón* o baile de los negros. Pero el baile nacional es la *danza*, una especie de vals con variación de tiempo un bello poema de Byron realizado en una forma que jamás esperé ver.

Una de las más curiosas costumbres de este país es bailar en las casas que están de duelo. Tan pronto la persona muere es vestida de blanco y tendida sobre su cama. Los parientes son invitados, se llaman los músicos, y danzando y bailando las diversiones son sostenidas sin cesar hasta que se efectúa el entierro. Esta es una forma de distraer a los familiares del difunto para disipar sus penas. Incluso les permiten la entrada a los transeúntes desconocidos por la familia para que participen en estos extraños entretenimientos de los vivientes en presencia del muerto.

En muchas oportunidades disfruté del activo auxilio de las bondadosas *caraqueñas*. Ellas no son grandes caminadoras; claro está, su pequeño pie solo toca el piso en los bailes, camino a la iglesia los domingos por la mañana, en el concierto de la plaza las tarde del domingo. Todas las damas son más o menos devotas feligresas y por lo tanto es una de las tácticas de los petimetres para con las jóvenes de la ciudad reunirse a diversas horas en las puertas de las diferentes iglesias. La primera misa en Catedral, la de las nueve en la Iglesia de Altigracia y la de las diez en Santa Teresa, son las mejores oportunidades para estos caballeros. Las iglesias de Caracas no son en ninguna forma extraordinarias. Son pobres, con ornamentos baratos y chillones, imágenes mal hechas de la Santísima Virgen con corona de cobre y ataviada con mantos brillantes. Hay cuatro o cinco iglesias en Caracas y ninguna se puede comparar a los magníficos templos de Dios de México, Cuba y Nueva Granada. Los antiguos conventos se han convertido en edificios gubernamentales y cuarteles de soldados, y los preciosísimos mantos de los sacerdotes han sido mutilados considerablemente.

Venezuela no es ahora baluarte de la religión católica-romana; los sacerdotes están sujetos a las leyes del país, y parece que, solamente debido a su superior inteligencia y a sus vidas ejemplares, aún conservan una buena parte de su antiguo prestigio. Hasta hace unos pocos años atrás no había sillas ni bancos en algunas iglesias de Venezuela y las damas tenían que reclinarse en la fría piedra del piso, con sus mejores vestidos. Guzmán Blanco, el "Ilustre Americano", como es llamado en toda la república, colocó sillas en todas las iglesias de la capital, con el agradable resultado de que disminuyó el número de gripes y ataques reumáticos. En el interior de país, no obstante, las damas están obligadas aún a tomar asiento en el piso desnudo, a menos que recurran a la vieja práctica de los mahometanos, y lleven consigo una pequeña, cuadrada y mullida alfombra que extienden sobre el pavimento.

Cuando hacen visitas o excursiones, por lo general recurren a los coches, de los que hay un buen número junto con grupos de finos caballos criollos. Son también elegantes amazonas, y conozco a varias damas, entre ellas la señora Stürüp, la encantadora esposa del Cónsul General de Dinamarca, que inclusive emprendió el fatigoso viaje a caballo a Valencia.

Pero el verdadero círculo de acción de las damas de Caracas se halla en sus propias casas. Elegantes y fascinadoras en sociedad son a la vez deslumbrantes reinas en sus hogares. Allí, durante el día, se ocupan de atender a los quehaceres de la casa bordando, tejiendo o cosiendo. Son muy expertas haciendo encajes, y sus pequeñas y blancas manos (para la textura de las *caraqueñas* son extremadamente blancas) producen algunos trabajos maravillosos. En la casa de don Francisco González Guinand, en la ciudad de Valencia, las damas me enseñaron una linda alba para el Papa, hecha toda de los encajes blancos más finos, trabajo de casi un año. En Caracas, la linda señorita Eva L. hace algunos pañuelos con sus ligeras manos, según la moda de la ciudad, con el encaje de la *Tripita de la Reina*, que no he visto en otro país. Está hecho sacando una cantidad de hilos de una fina tela de lino y arreglando las partes restantes del hilo muy artísticamente con toda clase de figuras ornamentales. Otras clase de encaje criollo es el *Catatumba* (sic), similar al *Tripita*.

Si no trabajan en esta forma las damas cuidan de sus magníficas orquídeas en los patios de sus casa, del canto de los pájaros, de los que hay un buen número en Caracas; pero raramente van a la cocina. Las propias señoras jamás van al mercado, pero envían a sus fieles criados, la mayoría zambos, negros o indios traídos del interior. Son excelentes, leales, apegados sirvientes, y la importación de 200.000 de ellos a esta buena ciudad de Nueva York podría resultar un gran éxito.

Una idea que prevalece acerca de las damas de Venezuela, siendo descendientes directos de los

españoles, es que son unas grandes fumadoras. He realizado averiguaciones particulares pero me he encontrado con lo contrario de lo que se dice. ¿Cómo podría ser distinto? Las caraqueñas demuestran un gusto tan excelente y tanto refinamiento que no podría ser posible que se doblegaran a tal vicio. Parece ser, además, que ciertas matronas, en determinadas ocasiones disfrutaban de un buen tabaco, cuando están entre ellas, pero jamás en compañía de caballeros. Es probable que ellas pudieran entregarse al vicio si los cigarrillos y los tabacos fueran mejores en Venezuela. Pero ahí no se consiguen buenos tabacos. El tabaco criollo, a pesar de que se cultiva en grandes cantidades, está por debajo del promedio, y los tabacos de La Habana son muy caros. Los cigarrillos americanos y turcos son casi desconocidos, pero aquellos fabricados en La Habana son más comunes. Entre las mujeres de las clases humildes el fumar es más corriente, y las mujeres de una cierta, o para expresarlo en una forma más llana, de una indeterminada edad se abandonan al vicio de una forma más intensa. Un curioso y muy extendido hábito entre ellas es fumar con el cigarro invertido, con la brasa dentro de la boca. Lo he visto con frecuencia en las Indias Occidentales, Curaçao y entre las mujeres de Venezuela, pero nunca observé a ningún hombre entregarse a esta temeraria costumbre. Ellas afirman que el sabor del cigarro es mucho mejor de esta forma, pero dejaré a los lectores que opinen por su propia cuenta.

He estado escribiendo acerca del fumar en la sobremesa sin mencionar la propia comida, y todavía una comida en Venezuela puede ser disfrutada por las personas de moderadas pretensiones y de buenas cualidades digestivas. Hay muchas cosas como platos nacionales, común para el de arriba o el de abajo, por todo el país, de la cuenca del Orinoco, de los Andes a Guayana, del Mar Caribe al Amazonas. La primera comida, o *desayuno*, tomado entre las 6 y las 8 de la mañana, generalmente consiste en una taza de café (¡y que delicioso café hacen en Venezuela!), pan, mantequilla y queso. Algunas veces añaden frutas. Al mediodía, o mejor dicho entre las 12 y 1 pm, es servido el *almuerzo* que consiste invariablemente, todos los días del año, en sancocho como "*piece de resistance*". El sancocho está compuesto de un enorme pedazo de carne, hervido con papas, zanahorias, remolachas, apio, *yuca* y otros vegetales. Todo el conjunto es colocado en la mesa con una cacerola extra de caldo, y cada miembro de la familia toma una porción de acuerdo con su apetito. Con frecuencia la carne se come primero, luego se añade un plato de sopa. Este plato puede encontrarse a diario durante las horas del mediodía en la mesa del Presidente de la capital, entre los hacendados de las plantaciones y la gente pobre. Otro famoso plato nacional es la *carne frita*, carne cortada en pequeños pedazos y frita en manteca o *mantequilla*, los vegetales que se comen con

frecuencia son las *caraotas* o granos negros, llamados en México *frijoles*, *papas* (las pequeñas son cultivadas en Venezuela, las grandes son importadas de los Estados Unidos), diferentes clases de ensaladas, al igual que el fino y sabroso *aguacate* y los deliciosos *plátanos* fritos o rodajas de bananas fritas, que es la fruta más común del país. La gente acomodada añade a veces pollo guisado o hígado, u otras delicadas comidas. El postre consiste en dulce o jaleas de frutas, en especial la jalea de guayaba, excelente *queso de mano* y café. El chocolate no se consume mucho en Venezuela como cualquiera podría suponer por la gran producción de cacao. Una gran parte de cacao es exportada a los países latinos, especialmente España, a pesar de que en Caracas hacen un buen chocolate. “*la India*” es la firma que goza de mayor prestigio al respecto, pero “*La India*” es famosa por otro producto oriundo de los Estados Unidos e introducido en Venezuela bajo el nombre español de *coctelito*. No creo que existan más trasegadores de *cocktails* en algunas de las ciudades de nuestra gran república como en Caracas. En la capital, al igual que en los pueblos de la provincia y en las haciendas, los caballeros, y también muy frecuentemente las damas, tienen por costumbre tomar un *cocktail* antes de toda comida, quizás con el único objeto de hacerle honor al criollo amargo de Angostura, un producto de Venezuela no del todo desconocido en este país. Existe un amistoso intercambio de productos de todas partes. Venezuela nos da amargos; nosotros brandy y whiskey; y así nosotros marchamos pacíficamente mano a mano con nuestra hermana república de los mares del sur.

La cena o *comida* compite con el almuerzo por su naturaleza sustanciosa. Indudablemente, hasta ahora no estoy seguro de cuál de las dos es la principal comida. El menú es, después de todo, virtualmente el mismo. Por pan tortas de *arepa* calientes y pesadas, común para todo el país. Se toma un largo tiempo y un buen estómago para acostumbrarse a estas compactas masas de harina de maíz, algunas veces mezcladas con queso. Deben comerse caliente porque cuando están frías son muy indigestas. En las grandes ciudades el pan de *arepa* y el *casabe* con frecuencia son suplidos por panecillos tan tostados y buenos como aquellos de las panaderías de Viena.

Hay una gran variedad de frutas en Venezuela jugosas piñas y mangos, enormes nísperos, dulces guayabas, higos, deliciosos *riñones* y buenas uvas. Bananas, frutas de pan, *aguacate* y cocos de las extensas plantaciones de la región de la costa son, por supuesto, consumidas en enormes cantidades, pero escogidas todas de la totalidad de las frutas del Caribe, con excepción de las *piñas* y las *naranjas*, no podrán compararse, en mi opinión, a la delicadeza de nuestras frutas de los mercados del Norte. A lo largo de la costa, peces y tortugas se añaden al menú diario; los huevos de tortugas

son un manjar especial que podría encontrar la aprobación del más quisquilloso. Estoy seguro de que los huevos de tortugas, hervidos, pronto pueden convertirse en la moda de los *habitués* de Delmónico. Para fortuna de los extranjeros los hoteles de Caracas, La Guaira y Valencia, tienen *chefs de cuisine* francesa o italiana, y no desearía encontrar una mejor comida que aquellas servidas en el Hotel Americano de Caracas, o del Hotel Comercio de Valencia.

Las bebidas más corrientes en las ciudades son los vinos franceses o cerveza en botella importada de Alemania y América. Debido a los fuertes derechos de importación impuestos en cada artículo la cerveza es muy cara. Pagué algunas veces por una botella pequeña de Milwaukee Lager, Viena Dreher, o “Cumbatsheer” (Kulmbacher), de seis a ocho *reales*, igual que el mismo número de *dimes*. Las clases humildes son muy aficionadas al aguardiente, fabricado de caña de azúcar; el *carato* o *hervido*, perecido al aguardiente, es extraído del maíz indio o *guarapo*; pero estas bebidas son tomadas usualmente en pequeñas cantidades y pocas veces se ven borrachos en Venezuela. Los jugos de frutas y *naranjadas* son consumidas también en grandes cantidades, pero más popular es el agua de papelón que fue lo primero que conocí en la hacienda de café del Cónsul de Austria. El podría contar un curioso cuento sobre sus efectos posteriores, pero confío en su discreción. *El agua de papelón* es simplemente agua, endulzada con azúcar criolla. A fin de promover la fabricación de azúcar cristalino está enteramente prohibida la importación de este artículo en Venezuela, y el azúcar generalmente usado es llamado *papelón*, siendo el producto de la caña que contiene todo el jarabe y la melaza.

La mejor comida criolla en la que me fue posible participar fue una servida en la magnífica casa de campo del General Guzmán Blanco, en Antímano, una aldea arriba de los valles del río Guaire, cerca de una hora de camino de Caracas. La *señora* Barrios, una de las más lindas damas de la comarca, y pariente cercana de Guzmán, junto con *madame* de Ballestero, la bella esposa del Embajador español, me extendieron una invitación para una fiesta en los amplios jardines de Antímano. A la hora indicada, cuarenta de las más hermosas damas de Caracas, acompañadas por un número igual de caballeros, pertenecientes en su mayoría a la más rancia aristocracia castellana de Venezuela, se reunieron en la estación de Antímano, para ser llevados en un tren especial a la casa de campo de Guzmán. El ferrocarril es la obra de una personalidad, nada menos que Krupp de Essen, el rey de los cañones alemanes, y se extenderá a través de Antímano por las montañas a los llanos del interior. Hasta el presente está terminado no más allá de Antímano. Entre los acordes del singular Himno Nacional de Venezuela, tocado por la banda del

lugar, que más tarde nos proporcionó música para bailar, nuestro tren marchó a través de las ricas, extraordinarias plantaciones de caña del valle del Guaire. Pero siento decir que el pintoresco escenario por el que nosotros pasábamos fue tristemente despreciado por los jóvenes caballeros de la fiesta, pues las cosas más hermosas de las inmediaciones nos atrajeron y finalmente absorbieron nuestra atención. Al arribar a las bellísimas tierras de Antímano encontramos la mesa arreglada debajo del corredor de la casa de campo de Guzmán y después de caminar a través de los jardines y sombreados paseos a lo largo del río fuimos conducidos al almuerzo. La ocasión me recordó vivamente un picnic similar realizado durante el verano en las cercanías de París o Viena.

La mesa fue dispuesta con un gusto exquisito, la compañía fue tan fina como aquellas de las capitales europeas, y el menú demostró ser tan delicioso como interesante, por estar integrado por platos nacionales:

ANTÍMANO

Almuerzo del 6 de Noviembre de 1887

Revoltillo con Salchichas
Entremeses
Mayonesa de Langosta
Hallacas
Jamón de York, con espinacas
Carne a la llanera
Salsa guasacaca y casabe
Pavo asado con ensalada
Postres variados

El lector notará en el menú dos nombres desconocidos para él. En primer lugar, la *hallaca* (pronunciada hayaca) es uno de los platos más sabrosos que jamás haya probado. ¿Es siempre tan apetitosa o se debe a la ingeniosa invención del *chef*? La hallaca es una curiosa *olla podrida* de pollo, jamón, pasas, dulces, frutas de todas clases y Dios sabe cuántos rellenos más dentro de una envoltura cuadrada de masa de mezclas estrambóticas y hervida; un verdadero plato ambrosíaco, merecedor de ser introducido en nuestros climas del Norte. El otro plato desconocido por los americanos es la *carne a la llanera*. Dos criados en uniforme, caminando de un puesto a otro y a una distancia aproximada de dos pasos uno detrás del otro, llevan en sus hombros una larga vara de bambú en la que estaba ensartada el cuarto trasero de un ternero. Les acompañaba el mayordomo pasando de un plato a otro, y cortando de él largos trozos de carne y sirviéndolos a cada uno de los invitados. La carne había sido previamente dorada sobre una fogata prendida en el jardín, según la costumbre en las vastas llanuras de la región del Orinoco.

¿Acaso es necesario agregar lo mucho que disfrutaron todos aquellos presentes en este almuerzo? Fue un círculo social francés trasladado al español, un elegante sector de la capital francesa traído a Suramérica. Todo -Vestidos, joyas, modales, incluso el lenguaje, todos sabían francés- me lo recordó, con excepción de las damas. Ellas, decididamente, eran superiores a sus hermanas gálicas en gracia y belleza. Fue al mismo tiempo una de las raras ocasiones donde vi quebrantadas las costumbres venezolanas, las damas sentadas en hileras en una parte del salón, los caballeros en la parte opuesta, un hábito de provinciano tonto que invariablemente traté de cambiar metiéndome libremente “a través de las filas” todas las veces que tenía oportunidad.

Estas fiestas en Caracas o Valencia deleitan al extranjero, quien debe aprovechar cada oportunidad para hacerse presente. El no sólo encontrará allí inagotable fuente de distracción, pasatiempo y conocimientos, sino que se beneficiará al establecer contacto con personas de tan excesiva cortesía y gracioso modo de ser. Atrás he mencionado que la sociedad en Caracas y Valencia, y posiblemente en las provincias, está compuesta de modo exclusivo de blancos puros, y que el más mínimo tinte de sangre *café au lait* tampoco sería tolerado aquí, como en los estados del Sur de los Estados Unidos. Este es el caso especial de las mujeres. Caballeros de color *café au lait* (con gran cantidad de leche añadida) que disfrutaban de una alta posición gubernamental pueden ser tolerados, pero deben ser lo suficientemente prudentes para no ir acompañados de sus esposas. Es así como la raza blanca de Castilla está bien preservada en Caracas, y ningún tipo más fino de mujer se encontrará en Suramérica a menos que sea en el Perú. Altas, de exquisitas proporciones, con fina y blanca textura y ardientes ojos negros, abundante y negro cabello como el azabache, manos y pies pequeños, están expuestas a la admiración por doquiera que vayan. Con frecuencia el extranjero tiene buenas oportunidades para juzgar estas superioridades en todo su valor, si posee buenos conocimientos de anatomía. En Venezuela, los niños, tanto varones como hembras, se encuentran vestidos con poca ropa, porque hasta que alcanzan los seis, siete, o diez años en las provincias del sur, su única ropa es la armoniosa belleza de sus bien proporcionadas formas, y presumo que el paso de los diez a los dieciséis años no es suficiente para borrar esta armonía. Pero en estas cosas no soy ningún experto. Sé únicamente que las damas de Caracas, juzgadas por su apariencia, en comparación, conservan su figura hasta una avanzada edad, y la tendencia a aumentar de talle no es tan exagerada como en Francia o España.

La época de mayor auge social es en los meses de invierno de noviembre a marzo o abril, durante los carnavales, que son muy alegres pero no tan ruidosos

como los que celebran en Roma, Amberes o Colonia. También lo es la temporada de los baños de Macuto. Macuto es el Narragansett, el Cape May, el Coney Island de Venezuela, la única playa de moda de su capital. Macuto es una pequeña aldea al este de La Guaira, a donde se llega por una estrecha vía de ferrocarril, a media hora del puerto. Supongo que Macuto se convirtió en la moda simplemente por obra de Guzmán Blanco, quien posee allí una encantadora quinta. Guzmán Blanco, o como los venezolanos lo llaman con una curiosa omisión de todo sonido agudo, "*Guzmán*", no es solamente el héroe nacional, el Napoleón de Venezuela, sino también el que marca la pauta imponiendo su propio y particular estilo. Una vez le pregunté a una adorable dama de Caracas, qué época del año podría llamarse "la temporada". Ella se encogió de hombros, y dijo: "Tenemos temporada hasta que *Guzmán* se encuentre aquí, cuando él se marcha finaliza la temporada". Guzmán resuelve los asuntos perfectamente. El me recuerda el viejo Duque de Morny, cuyo hijo, por un gracioso capricho del destino, se convirtió en el esposo de la hija mayor de Guzmán Blanco, ahora una de las más bellas y cultas damas de París. El viejo Morny construyó a Deuville y Guzmán a Macuto. El solo fue la causa de la actual popularidad de este balneario, un pueblo frente al mar con bellos, sombreados valles, bañados por un burbujeante y cristalino río. Las montañas se elevan inmediatamente detrás; algunos miles de pies de altura, la cima escondida entre las nubes y los costados cubiertos con el frondoso verdor, un paisaje de Suiza trasplantado a la tierra de los caribe. Los extranjeros del Norte no pueden esperar encontrar en Macuto las comodidades que ofrecen las playas de nuestros mares del Norte. Pues hay sólo un hotel en todo el lugar, el Meserón, que ofrece el servicio para probablemente una veintena de visitantes. Fuera de las dos capitales y de los dos grandes puertos marítimos de Venezuela no existen la vida y las comodidades de los hoteles. Los cuartos están todos en el primer piso, abiertos al patio interior. Los pisos son de baldosas. Los lechos están contruidos simplemente de una estrecha pieza de lona en una armazón de madera plegadiza, y la almohada está llena de duras crines de caballo, y una sola sábana, para los fatigados viajeros que no necesitan cobijas en Venezuela, como más adelante se darán cuenta.

Arriba y abajo, parejas, limpias y bien sombreadas calles; no hay sino pequeñas y bajas casas de grandes ventanales con celosías en lugar de cristales. No existe una casa en Macuto con más de un piso, y un número grande de ellas no están siquiera amuebladas. Sin embargo, este es el frecuentado lugar de moda de la temporada de invierno en Venezuela, y desde los primeros días de diciembre hasta finales de febrero, cada cabaña, cada rincón, es ocupado por algunas de las

prominentes familias de Caracas, amontonados todos en unos cuantos cuartos, habiendo traído consigo los muebles necesarios a la playa. Una vez recuerdo haber visto una parecida playa apartada, en el sur de California, con filas de carpas en vez de casas, un lugar de moda para acampar a orillas del mar, donde la buena gente de la tierra del oro disfrutaban mejor que lo que podrían gozar en Long Branch. Macuto está cerca, si acaso no está enteramente tan primitiva aún está lleno de distracciones. Hay un casino, donde se dan dos grandes fiestas cada temporada, pero, a pesar de todo, no es obstáculo para los jóvenes bailar y retozar cada noche. No hay banda, pero sí un piano, y las dos principales condiciones para las diversiones de esta clase, los jóvenes y las lindas muchachas, son abundantes.

El balneario de Macuto tiene sus desventajas. Entre los visitantes de este sitio de moda hay gran número de tiburones, que hacen necesario se construyan casas de baño y rompeolas en el mar. Pero, ni aún esta impide que los curiosos cangrejos se introduzcan en el santuario de saladas aguas, refugio de las jóvenes caraqueñas, a quienes muerden en ocasiones. De los trajes de baños no puedo decir nada ya que las damas están separadas de los caballeros, los trajes de baños resultan ser innecesarios en un país donde las ropas son realmente superfluas aún en tierra. Nadar mar adentro y coquetear en el agua, bajo estas circunstancias, está fuera de dudas. Además de los *Baños de mar de Macuto* hay también los *Baños de Río*. Unas cien yardas arribas del pueblo, al abrigo de los fieros rayos del sol, hay tres casas de baño situadas a lo largo del río en tres caídas diferentes. El primer paso es el de los *Baños para Señoras*, luego el de los caballeros; y todavía más abajo están los baños públicos que recibe el suministro de agua del que pasa por las casas de baño de arriba. Esto no es alentador especialmente para la gente que, como yo mismo, vio a los indios, varones y hembras, complaciéndose en un baño río arriba, unas pocas yardas más allá de los baños de las damas. Hay una tercera clase de baños en Macuto, tomados durante todo el día por viejos y jóvenes, altos y pequeños, a saber: los baños de vapor. El mínimo esfuerzo, la mínima caminata produce una abundante transpiración. Cambiar la ropa blanca en este calor tropical es un lujo, produciendo aún más abundantes chorros de sudor por todas las partes del cuerpo. Bajo estas circunstancias cualquiera puede apreciar el deseo de un humorista inglés que, un día muy caluroso, se lamentó de no poder quitarse sus carnes y sentarse en sus huesos.

*A lomo de mula sobre las cordilleras orientales.
Ricos campos para el naturalista y el deportista. La
mejor forma de disfrutar un viaje de vacaciones.
Nuevos incidentes en el viaje.*

Sobre una ciudad como Caracas, situada en el corazón de la estribación oriental de la cordillera de Suramérica, en la línea limítrofe entre blancos e indios, abundante en asuntos de interés, se puede escribir libros acerca de la curiosa mezcla de blancos, rojos y negros, de sus costumbres y modos de vida. Mis preparativos para un viaje al interior fueron, después de todo, puestos en marcha, y con tristeza me despedí de Caracas. Tuve el conocimiento en Nueva York que sería innecesario llevar mis instrumentos de observación: microscopio, sextante, barómetro, termómetro, etc., porque sería fácil encontrar estas cosas en la Universidad de Caracas. Me pesó luego haber seguido el consejo de mi amigo venezolano en Nueva York, porque, tristemente, la Universidad carece de instrumentos para observaciones geográficas y tuve que arreglármelas de la mejor forma sin ellos. Por fortuna mi distinguido amigo el Prof. A. Ernst, la más grande lumbrera en el mundo científico de Venezuela, me facilitó un pequeño microscopio bien adaptado para viajar en este país. En cierta forma me contenté de haber dejado mis propios buenos instrumentos en casa, porque al llevarlos de regreso lo había hecho en un estado tan deplorables como para que quedaran inservibles en futuros viajes. El único y posible modo de viajar en Venezuela es a caballo, y las alforjas sobre las sillas de montar están expuestas a movimientos y roturas, a la brisa y al tiempo, y son a duras penas adecuadas para transportar instrumentos científicos.

Venezuela es todavía un país de civilización primitiva, no obstante la belleza de la capital y de sus alrededores. No obstante su expedito y cómodo acceso al interior del país, sólo se puede visitar a caballo. Lo que el país requiere principalmente son ferrocarriles. En este momento hay un tren listo, en la vía de La Guaira a Caracas; otro, de Puerto Cabello, el puerto principal de Venezuela, a Valencia, está casi terminado, probablemente se abrirá durante los primeros meses del año venidero. Ambas vías fueron construidas por compañías inglesas. Un tercer camino lo está realizando ingenieros ingleses que en algunos años comunicarán Caracas con Valencia, la segunda de las más grandes ciudades de Venezuela. Una parte de esta vía que conduce de la capital hacia el sureste, a la tranquila vieja ciudad de Petare, está lista, y Mister Barham, el rey de los ingenieros de los ferrocarriles ingleses, ahora está trabajando duro para conducir el camino sobre las pintorescas montañas de los Andes a los fértiles valles de río Tuy, el jardín de Venezuela.

El ferrocarril de los Andes

Mister Barham me llevó un día por su vía, y no supe que admirar más, si la extraordinaria belleza del paisaje de la montaña, la pericia técnica de los constructores del

camino, o la paciencia de su viejo capataz, quien acompañado por mí y varios ayudantes, permaneció cerca de doce horas sobre la silla de montar, galopando a través de las peligrosas *picas*, puentes, con abismos de 1500 pies de profundidad y costado de montañas rocosas que se elevan verticalmente cerca de 1500 pies sobre nosotros, y el ardiente sol tropical sobre nuestras cabezas y espaldas. Alrededor de doce millas al este de Petare, a través de la parte más dificultosa de la montaña, el camino está casi listo, pero tomará tres años más para llevar el acerado caballo de vapor a Santa Lucía, la capital de los Valles del Tuy. No hay mejores paisajes de montañas que puedan ser vistas en algún lugar con tan fácil acceso desde una gran ciudad, y los visitantes no deben dejar de emprender este bello, fatigoso y, en cierta forma peligroso viaje a Santa Lucía.

De Santa Lucía el ferrocarril se devolverá al oeste y, corriendo a través de las faldas del sur de los Andes y las costas del norte del pintoresco lago de Tacarigua, llegará finalmente a Valencia. Esta vía, cuando esté finalizada, será una gran bendición para el país, acercando a Valencia a casi doce horas de Caracas, mientras que ahora se toma cuatro fatigosos día a caballo sobre los caminos más abominables. En la actualidad la vía usual para llegar a Valencia es descendiendo por tren desde Caracas al puerto de La Guaira, abordar un vapor a Puerto Cabello ascender de allí en adelante por un ferrocarril en construcción a las aguas termales de las Trincheras, y después a caballo, tomando en su totalidad alrededor de un día de viaje y con un costo de cerca de \$ 20.

El sistema monetario venezolano es igual al de los Estados Unidos, lo único es que existe una variedad infinita de monedas que los visitantes extranjeros durante la primera o segunda semana encontrarán difícil hallar un orden en este laberinto monetario. El peso fuerte está a la par del dólar de plata, y tiene diez *reales*, igual a diez *dimes*. Pero el peso vale ocho *reales* (ochenta centavos). Esta diferencia ha de tenerse en cuenta, pues el visitante americano está expuesto a perder grandes cantidades, si olvida que en todas las transacciones debe tener como base el peso, y no el *peso fuerte*. El papel moneda es poco usado fuera de la capital. Las monedas de oro son águilas americanas, llamadas *morocotas*, mitad y cuarto de águila. La moneda de oro americano de \$2.50 es llamada *aguilita*. Hay aún más, la vieja onza española, que vale cerca de \$16, la *media* y el *cuarto de onza*, equivalente a \$8 y \$4. Además del sistema monetario de los Estados Unidos y del español, existe el francés, un *peso* equivale a cuatro francos. Dejaré al visitante que se dé cuenta por sí mismo la explicación de *libras*, *medios*, *cuartillos*, *centavos*, *céntimos*, *chivas* y quién sabe cuántos más.

Ingleses contra americanos

Pero permítasenos regresar al sistema del ferrocarril. El famoso Krupp, el rey de los cañones de Essen, obtuvo el permiso para construir un tren desde Caracas, por el paso de Antimano, el valle del Guaire, La Victoria, a través de los llanos del valle del Orinoco hasta la ciudad de Calabozo, la capital de los llanos, la Kansas City de Venezuela. Desde este enorme sitio de comercio y mercado central de la ganadería del distrito, finalmente el camino nos conducirá a San Fernando de Apure, la principal ciudad de la hoya del Alto Orinoco. Existen otros proyectos pendientes para comunicar la costa norteña con Ciudad Bolívar, cerca de Barcelona, en el Orinoco, y Maracaibo, el tercer puerto principal de Venezuela, con los fértiles distritos del Lago del mismo nombre. Todos estos proyectos están, con una excepción, completamente en manos de los ingleses. Ciertamente, todas las empresas y capitales provienen de Europa, excluyendo a los americanos.

Hay muy pocas empresas americanas en Venezuela, las más importantes vienen siendo las del teléfono, luz eléctrica y algunas compañías mineras. Se ha mencionado anteriormente la “D Roja”, línea de espléndidos vapores americanos que constantemente realizan viajes entre los puertos de Nueva York y Venezuela, bajo la dirección de Boulton, Bliss & Dallet de Nueva York. Se encuentran un gran número de líneas de vapores ingleses, franceses, alemanes y españoles, entre ellos están nuestros viejos amigos, la Hamburg-American Packet Company, con sus buenos y gigantescos vapores, y la Compagnie Transatlantique. A mi arribo a La Guaira encontré el *France*, uno de los vapores más antiguos de la compañía, bien conocido en Europa por muchos visitantes americanos, situado a un costado del puerto por hallarse en cuarentena. Y esto me hace hablarles de las condiciones sanitarias que goza Venezuela, ya que, en lo que respecta a ese lejano país, no posee tan envidiable reputación.

Un certificado de salud

Cuando les mencioné a ciertos amigos en Alemania de mis intenciones de ir allí, abrieron sus ojos y bocas y exclamaron: “A Venezue-e-e-e-la?. Nuestro globo no era lo suficientemente grande para limitar la distancia a donde ellos se imaginaban estaba situada Venezuela, y en lo que respecta a las fiebres, dijeron que allí eran terribles. Mis buenos amigos de Nueva York también me lo advirtieron. Los puertos estarían contagiados de fiebre amarilla y otros pequeños agentes de enfermedades. Al llegar a Puerto Cabello, el clima y el sano ambiente fueron elogiados más allá del límite. Comerciantes residentes allí por muchos años jamás sufrieron el menor ataque de fiebre, pero sí se quejaban a veces del

excesivo calor. Ellos me advirtieron, no obstante sobre La Guaira. Al arribar a ese puerto nadie tenía conocimiento de la fiebre. Sabanilla, en la costa de Colombia, y Aspinwall son lugares propicios para las fiebres, y los vapores que provenían de esos puertos son puestos en cuarentena a la menor señal de enfermedad. Caracas, la capital, una de las ciudades más sanas y limpias del continente ciertamente sobrepasa al respecto a nuestra ciudad de Nueva York. Pero cuando salí para el interior, la gente me advirtió de nuevo sobre el lago de Tacarigua, en especial la región de Tocorón, la gigantesca hacienda del general Guzmán Blanco. Permanecí allí por un tiempo, y encontré a la gente robusta y sana como en cualquier otra parte. Hay gran exageración en todos esos comentarios sobre la fiebre, y las personas que visitan a Venezuela durante los meses de invierno, de noviembre a marzo, pueden estar completamente a salvo, precaviendo vivir con moderación y no cometer excesos en la comida, bebida o hacer esfuerzos corporales. Cualquiera que desee ver el interior del país, el bellísimo Lago de Maracaibo, las cordilleras nevadas más allá, o las vastas extensiones de los llanos de la cuenca del Orinoco, o las famosísimas minas de oro del El Callao, lo harían mucho mejor si toman pasaje en uno de los muchos vapores que viajan constantemente entre los principales puertos del mar, lagos y ríos, en lugar de recurrir al viaje a caballo como lo hice yo. En las partes bajas del lago de Maracaibo y del Orinoco el calor es excesivo y no existen comodidades. No hay hoteles ni caminos para viajes de travesía y aunque el país ofrece absoluta seguridad, no le aconsejo a nadie que siga los pasos de Alexander von Humboldt, como lo hice yo en ciertas partes.

La seguridad de viajar al interior es en verdad sorprendente. Mis experiencias en otros países, en especial México, me hacen pensar que era aconsejable no dejar mi rifle y mi revólver. Pero jamás tuve ocasión alguna de usar arma contra los hombres, a pesar de que todos, en el campo como en la capital, cargan revólveres. Ricos plantadores de café, negociantes y constructores de ferrocarriles viajan en algunas ocasiones por muchas millas, con bastante miles de dólares de plata puesto sobre sacos a lomo de mula sin ninguna escolta. En lo que respecta a las bestias salvajes hay un enorme número de cocodrilos, tapires, leones, panteras y notables serpientes en las regiones más sureñas, añadiéndose ciempiés, escorpiones, gigantescas arañas, tarántulas, etc. Pero mi experiencia personal me enseñó que estos animales evitan mucho más a la humanidad, que lo que la humanidad le huye a ellos. Los hombres blancos son raramente atacados por las fieras. El mosquito, sin embargo, es un gran tormento. A veces vi animales salvajes que huyeron tan pronto se dieron cuenta de nuestra presencia. Pero los viajeros encontrarán cualquier cantidad si los buscan.

En las colecciones que traje de Venezuela tengo el cuero de una serpiente negra de agua de 40 pies de largo, como también una boa de 21 pies, una cascabel con dieciséis sonajas, y un ciempiés negro de 14 pulgadas de largo y una pulgada de ancho. Si los indios de las rancherías, que cualquiera puede visitar, nota el interés en esta especialidad de la historia natural, ellos podrán llevar cualquier cantidad de serpientes y otros reptiles y venderlos por una bagatela. La única dificultad que uno tiene con estos objetos es el del transporte. Un día, en el camino del río Guárico a Güitgüe, debí presentar un curioso espectáculo, mi cargamento, sobre las sillas de montar, atestado de insectos, ídolos indígenas, una serpiente muerta y una iguana suspendidos en la montura, un pequeño mono sentado detrás de mí y al frente un lindo loro verde con cabeza y alas azules al frente. Muchos de estos objetos, fuera de las mariposas e insectos, tuvo, más tarde, que disecarlos y también prepararlos de otra manera para su preservación, un químico suizo, el señor Johann Cunz, asistente de la Farmacia Stürüp en Caracas, quien suministra interesantes colecciones de estas clase a varias instituciones científicas europeas.

Después de la falta de vías y aún de caminos de herraduras, la otra dificultad es la escasez de población, hay por ahora 2.125.000 habitantes. Fuera de la gente de las ciudades hay sólo 1.500.000 habitantes distribuidos sobre un país de cerca de 1.500.000 millas cuadradas, o sea un habitante por milla cuadrada. Además, los mapas existentes son muy defectuosos. Jamás se ha hecho ningún levantamiento de planos de este enorme país, igual en tamaño a la gran cuenca del Mississippi. El único mapa parcial digno de confianza que encontré es uno del Estado Guzmán Blanco, y aún así donde hay montañas están señalados llanos y ríos que no existen. Un estudio de este país podría requerir muchos millones en gastos y muchos años de duro trabajo, ya que los mapas que existen son simplemente una compilación de viejas observaciones de Humboldt, Codazzi y otros viajeros.

El Custer de Venezuela

Las autoridades de Venezuela me facilitaron mis propias excursiones o viajes en todas las formas posibles. El Presidente me suministró una carta oficial de presentación para todas las autoridades, civiles y militares, y los diferentes Ministros de Estado hicieron lo mismo. Pero la mayor ayuda la recibí del general Wiedeman, Comandante en Jefe del Ejército de Venezuela, un hombre notable, valiente soldado del tipo de Custer. Wiedeman, cuyo retrato fue recientemente publicado en *The Sun*, es oriundo de Hannover y vino cuando estaba muy pequeño con la familia de su padre. El general Guzmán Blanco, con la sagacidad que le

caracteriza, muy pronto agregó a este joven a su comitiva personal, y Wiedeman acompañó al Napoleón de Venezuela a través de todas las vicisitudes de su variada, pero últimamente gloriosa carrera, luchando en todas las batallas desde las primeras revoluciones al lado de Guzmán y escalando gradualmente del grado de edecán a comandante de las tropas de las *guerrillas*, General y, finalmente, General en Jefe del Ejército, permaneciendo siempre fiel y partidario influyente de Guzmán. Wiedeman, con su estilo y su porte me recuerda en parte a Custer, en parte a Garibaldi. El es adorado por las tropas bajo su mando y cuenta con innumerables amigos en todo el interior del país. No obstante su alto rango y su influencia, vive como un simple y común soldado, con una hamaca por cama y un plato de *sancocho* por comida diaria.

El primer día que lo visité con mi bien conocido amigo Robert Hamilton, en un tiempo Cónsul General de Venezuela en Nueva York, Wiedeman estaba justamente entregado a un pequeño tiro al blanco que tenía instalado en su propio cuarto. Dos soldados hacía rodar una pequeña moneda a lo largo de la pared, y el General sentado en una silla en la parte opuesta, regocijaba cada vez que con una pequeña bala le pegaba a la moneda que rodaba a una distancia aproximada de treinta pies. Con su usual jovialidad nos invitó a participar en este deporte, pero aumentando la dificultad. Tomó un puñado de menudos cartuchos de un rifle de salón los puso en hilera a lo largo de la pared con el percutor hacia nosotros. Tuvimos éxito en darle a uno de ellos de vez en cuando, pero él, al tomar el rifle, le pegó a uno por uno como si fueran manzanas.

Al conocer el objeto de mi visita, de inmediato puso a mi disposición el caballo de su uso personal y me proporcionó las cartas más enjundiosas para sus amigos en todo el país, organizando excursiones en un lugar, partidas de caza en otro -una verdadera hospitalidad oriental. En el día elegido, el hermoso caballo propiedad del General, con una excelente montura y todos los artículos necesarios para viajar al interior, fue llevado al Hotel Americano por su propio criado, quien, buen conocedor del país, me acompañó hasta el final de mi larga y tediosa cabalgata a través del país.

Sería imposible enumerar en el limitado espacio a mi disposición todas mis observaciones, experiencias y pequeñas aventuras, algunas de ellas de una naturaleza bastantes interesantes. El viaje más provechoso que realicé, y el que atraerá a aquellos que deseen ver algo del país a través de sus regiones más pintorescas, fue el de Caracas a Valencia. A causa de los planes científicos que tenía en mente, y las numerosas excursiones por los alrededores que por consecuencia tenía que realizar, el viaje me llevó dos semanas aproximadamente, pero un ordinario turista podría hacerlo fácilmente en cinco días. El camino entre las dos ciudades, a pesar de que es más

frecuente que cualquier otro en el país, es, a fe mía, uno de los más miserables que yo haya realizado. La primera parte, conduciéndome por las filas de las montañas al pueblo de Los Teques, es en buena parte transitables, además que ofrece al viajero una de las más bellas vistas de los Andes. Pero la vía hacia el occidente de Los Teques que conduce a través de los famosos valles de Aragua y a lo largo de las orillas del más pintoresco de los lagos de América, el lago de Tacarigua, es muy mala. Hay que vadear muchas quebradas y torrentosos ríos, rodear muchos derrumbes y atravesar muchos pantanos. Todo viaje debe realizarse entre las 5 de la mañana y 6 de la tarde, ya que después de la puesta del sol, viene una oscuridad muy grande en estos países del Sur, y solamente por un milagro me escapé de caer por precipicios o pendientes dentro de las profundidades de los raudales. Siempre me mantuve a caballo hasta aproximadamente las once de la mañana, después descansaba durante las horas más calientes del día, y proseguía mi viaje cerca de las 3 de la tarde. En la vía entre Caracas y Valencia hay cantidades de pueblos y caseríos, de manera que el viajero puede conseguir siempre un lugar de descanso durante el día.

Un hotel del pueblo en Venezuela

El común hospedaje de pueblo de toda Venezuela me recuerda aquellos de México, España y aún del Norte de Africa, porque los moros introdujeron sus costumbres de vida y de viajes en España, que los españoles adaptaron para su propio país como también para sus colonias unos años más tarde después de la caída de los árabes. Todas estas *posadas*, *fondas* o *fonditas*, están construidas en una forma cuadrada, con un patio interior frecuentemente adornado con flores y palmeras, y rodeado por corredores. Por lo general se le enseña al viajero, después de descender de su caballo, uno de los grandes y aireados cuartos, con pisos de piedra y altos techos, en los que tres o cuatro camas plegadizas hechas de una pieza de lienzo estirado en un marco de madera, y probablemente una o dos sillas, constituyen el único mobiliario. En los grandes pueblos de 6000 a 8000 habitantes habrá al menos una jofaina, pero su presencia no es imprescindible para el fatigado viajero, quien bien pude lavarse en el río o en la *acequia*. Algunas veces el cuarto debe compartirse con la compañía de uno o dos viajeros, invariablemente hombres, porque cuando me paré en las posadas no habían sido vistas, durante varios años, mujeres viajeras. No hay, por supuesto, en ninguno de los "hoteles" de pueblo, ventanas con vidrio, pero tienen verjas con barras de hierro pesado y apoyos de madera. En lugares convenientes bajo el techo hay un garfio y un aro de acero para aquellos viajeros más acomodados y que con frecuencia llevan consigo sus hamacas, que cuelgan a través del cuarto, y prefieren

pasar la noche al abrigo de los ataques de los ciempiés, escorpiones o pequeños insectos chupadores de sangre, pero sin defensa contra los murciélagos, algunos de ellos muy grandes. Dormí siempre en muchos cuartos con murciélagos, como compañeros de habitación. Inclusive en las casas particulares o en las haciendas de los ricos agricultores revoloteaban por los cuartos. Cuando se sentían en confianza y se aproximaban a mi cara me levantaba y sacudía las sábanas y los sacaba por la ventana; pero invariablemente regresaban. Aún así, después de todo, ni siquiera osaron tocar mi cara.

Uno podría mantener fuera del cuarto a los compañeros de viaje que roncan contratando todas las camas, pero algunas veces, cuando los huéspedes son numerosos y las plazas escasas, no se pude remediar el tener que compartir la habitación con ellos. El *almuerzo* y la *comida* no es de lo mejor, pero siempre hay huevos, pollo, ensalada y café, mientras que en las grandes ciudades el vino rojo es incluido sin costo alguno en las comidas. El lector probablemente no estará tentado a llevar a cabo ningún viaje a Venezuela, pero debo confesar que he vivido en peores condiciones en muchos otros países que están considerados mucho más civilizados que nuestra hermana república. Los viajeros, después de cabalgar día tras día, y en algunas oportunidades por semanas, por lo general están tan cansados que duermen en cualquier sitio, y tienen tanta hambre que comen cualquier cosa. Como precaución contra los accidentes llevé invariablemente una botella de brandy y algunas tabletas de chocolate.

En los llanos, en la vía a Calabozo y desde allí al Orinoco, la población es más escasa, pero hay posadas establecidas por el gobierno y administradas en forma similar, en cierta forma, a aquellas de Siria o Persia, pero no tan bien trabajadas en su arquitectura. Ciertamente, son un poco más que paredes de barro, con matas de plátano o palmeras, y probablemente un pequeño arroyo cerca de allí. Las cosas son incluso peores que en los ríos Orinoco y Apure, ya que los viajeros se encuentran en la no perturbada región de los indios, quienes no siempre son enemigos de los blancos, y están, como lo muestran las ilustraciones que acompañan al texto, en un nivel más bajo de civilización que el de la población mestiza que se halla más hacia el norte y a lo largo de la costa. La ausencia de coches a las puertas de las *posadas*, inclusive en las grandes ciudades, demuestran de manera concluyente que los viajeros en esa forma son un lujo desconocido en Venezuela. No hay una sola línea de diligencias en todo el país. Aún la bien conocida carreta hispanoamericana, tirada por bueyes, de tanto uso en México, únicamente se encuentra en Venezuela en algunos caminos reales, porque las vías son tan miserables que solamente las mulas de carga pueden pasar airoosamente los numerosos obstáculos. De este modo el tráfico comercial entre

Puerto Cabello y Valencia se hace en burros y mulas, y las últimas son con frecuencia usadas como monta. En efecto, las mulas en Venezuela son más caras que el promedio de los caballos. En el camino real de Caracas a Villa de Cura (la capital del estado Guzmán Blanco) y de Ortiz a Calabozo, la capital de los llanos, encontré muchos jinetes y caravanas de mulas de carga, pero ni siquiera un coche o *diligencia*.

Estas caravanas que transportan quesos y cueros a Caracas o Valencia y que regresan de la capital o de los puertos con objetos valiosos, presentan un curioso espectáculo. Los pequeños burros prácticamente desaparecen debajo de sus voluminosas cargas, amarradas firmemente a la enjalma, y usualmente tapadas con un cuero sin curtir para resguardar los bultos de la lluvia y del ardiente sol. Cada bestia está atada a la otra por una sogá amarrada a una de las sillas y a la brida del próximo animal que lo sigue. Así, en algunas ocasiones, diez a veinte animales trotaban en fila india, guiados por un *llanero* a lomo de mula o a pie, invariablemente armado de un *machete*.

El arma nacional

El *machete*, una espada cuchillo o ancha de aproximadamente dos a tres pies de largo, y llevada sin funda, es el arma universal en Venezuela y Centroamérica. En los estados del sur de este país el uso principal del machete es para cortar caña de azúcar, pero en Sur América reemplaza al cuchillo de bolsillo, el hacha y la espada. El *llanero* o *hacendado* nunca es visto sin él. Corta el pan, pela la caña, corta los bananos y otras frutas de los árboles, troza la madera, abre sus caminos a través de las selvas vírgenes, mata gallinas o cochinos, y se defiende de los ataques de las bestias salvajes y las serpientes. No hay un arma mejor contra las serpientes que un *machete*, ya que con un solo golpe el nativo las parte en dos.

El viajero de Caracas a Valencia pasa a través de una de las más ricas tierras de Venezuela, la afamada región cafetalera. Entre El Consejo y La Victoria encontrará las *haciendas* de una gran cantidad de ricos caraqueños, las plantaciones de los Generales Crespo, Alcántara y otros, cerca de Turmero la famosa *hacienda* Guayabita, que pertenece al general Guzmán Blanco y la histórica *hacienda* El Palmar cuyo dueño es el Cónsul de Austria en Venezuela, mi excelente amigo don Gustavo Vollmer,

de cuya extraordinaria hospitalidad disfruté por varios días. Pero El Palmar fue doblemente interesante para mí, porque Alexander von Humboldt y Friedrich Gerstaecker fueron mis predecesores allí y tuve el privilegio de dormir en el mismo cuarto y en la misma cama que ocuparon los famosos viajeros. En esa noche hubo menos ataques de murciélagos, y menos consumo excesivo de *agua de papelón*, pero el recuerdo de mis compatriotas me mantuvo despierto por un largo rato.

Unas pocas horas al oeste de Turmero el viajero llegará al grande y bello lago de Tacarigua o Valencia, uno de los lagos más pintorescos que yo haya visto jamás, recordándome muy vivamente el lago de Patzcuaro, al suroeste de México. Uno de los objetos de mi viaje fue hacer un buen estudio de este lago y de sus veintidós islas, analizar sus aguas y sondearlas. Además, tenía que explorar la parte sur del lago, que tiene antiguos esqueletos de indios, así como sus implementos, casas lacustres y tumbas. No obstante la terrible fatiga, experimentada y la exposición a la intemperie durante estas búsquedas, excavaciones, ascensiones a la montañas, etc., miro hacia atrás con gran satisfacción el tiempo que pasé en el lago y sus alrededores. A pesar de un pequeño naufragio en el lago durante una fuerte tormenta tropical que casi le costó la vida a dos de mis barqueros, si no la mía propia, no es nada más que una interesante reminiscencia. Aunque el lago tiene casi 60 millas de circunferencia y sus costas se encuentran pobladas, no hay vapores, pero se encuentran disponibles media docena de botes de remo. En uno de estos, llamado *Carmen*, pasé más de un día en las claras y azules aguas del lago, visitando las desoladas islas y sus primitivos pero hospitalarios habitantes, haciendo estudios y en ocasiones disparando a las aves acuáticas, iguanas y babas que son abundantes en el lago. El viajero no debe dejar de visitar una u otra de las bellas y arboladas islas, abundantes en animales de caza, o atravesar el lago para ir a la hacienda de Tocarón, donde un ejemplar del antiguo hidalgo español, el general Quedro, lo recibirá con una verdadera hospitalidad oriental.

De las costas occidentales del lago hay un camino de aproximadamente dos horas a Valencia, una bella ciudad de alrededor de 35.000 habitantes, la segunda ciudad más grande de Venezuela y la capital del estado Carabobo.



BARON DE WARTEGG.

A JOURNEY IN VENEZUELA.

THE OCEAN TRIP FROM NEW YORK TO OUR SISTER REPUBLIC.

Climbing the Cordilleras on a Wonderful Railroad—Unique Attractions of Caracas—Its Gay Society and Pretty Women.

Of the many thousands who with the return of every winter seek refuge in warmer climes, there are at the present moment but very few, if any indeed, who go beyond the romantic, sleepy, sunny islands of the Caribbean Sea. Florida, the Bahamas, and the Island of Cuba are the most southern regions patronized by Americans, and the impression seems to prevail that the further South one goes the greater is the heat to be encountered. But this is not quite correct, for across the Caribbean Sea, bounding it toward the South, there is a land which, according to my own experience during the last few months, offers far superior advantages to those who, following the course of the birds, undertake the annual pilgrimage toward the lands of the summer sun. I refer to Venezuela, one of the two most northerly of the South American republics, the cradle of Bolivar, the home of Guzman Blanco, the paradise of cocoa and coffee. Although over 1,800 miles directly south of New York, and apparently much further than any of the dreamy islands of the West Indies, Venezuela is to be reached quicker and more pleasantly than most of them. An American line of steamers, one of the very few sailing under the Stars and Stripes, connects the United States with the sister republic in the south. The Red D line despatches every ten days one of its splendid passenger

steamers to the Venezuelan ports, and, judging from my own experiences on the Valencia and the Philadelphia, these steamers, of American make and flying the American colors, and manned by Americans, compare, indeed, favorably with any of the huge transatlantic liners in luxurious comfort, cuisine, and management.

On a cool September morning, full of indications of the approaching autumn chills, the Philadelphia, under the command of Capt. Hess, passed by the side of the Goddess of Liberty, but the next day already we had reached the warm waves of the Gulf Stream, the first envoys from the summer seas. The busy life of the great ocean highway to Europe is unknown here. Steaming right across the Gulf of Georgia we reached within five days the dark mountainous shores of San Domingo and Porto Rico without encountering a single steamer, without seeing a single sail. Hundreds of gay porpoises accompanied our good ship, sometimes jumping in rows of twelve and more out of the water, as if obeying the command of an unseen captain, sometimes approaching quite close to our side. Now and then some flying fish left their watery element, and, rising ten to twenty feet above the waves, dispersed in all directions. Some of them traversed the air with the rapidity and elegance of a swallow, to return to the water several hundred yards away. One morning I found one of these interesting animals, about a foot in length, on the ship's deck near the helm. Unable to rise, unless from the water, it became the prey of the sailors, who delight in the savory meat of these winged inhabitants of the southern seas. The dried, transparent wings of the animal are now book marks in my note book. The sea-gulls, these faithful com-



EVENING TOILETTE.



A BELLE.

penions of transatlantic voyagers, are a known here, and their place is taken by much larger alcatrass, in form and size something between the sea gull and the albatross, the southern hemisphere. While the sea gull rarely alights on ships, we had at times quite a number of alcatrass resting on the railing.

Passing through the Strait of Mona, between the islands of Porto Rico and San Domingo, on the fifth day after leaving New York we reached the Dutch island of Curaçao on the seventh day, and about ten hours later, we found ourselves in Laguayra, one of the principal ports of Venezuela. What a wonderful change of climate, scenery, and every-day surroundings within the short space of one week! One step only from the temperate zone to the tropics. One step from the telegraphing, telephoning electric North to the dreamy, sleepy South. From cloud and fog to sunshine and warmth. One step from one continent to another, and alas! from the nineteenth to the eighteenth century. To the uninitiated traveller this change becomes only apparent when he alights on the shore, for the northern coast of South America, with its dark, steep mountain ranges rising abruptly from the sea in different stages to heights of 8,000 or even 10,000 feet, appear uninviting enough, especially at times when tropical thunderstorms and hurricanes agitate nature, when the huge sombre mountains are veiled in clouds, and the ship is being tossed about by enormous seas like those we encountered on our way to Laguayra. My thoughts went back to the time when Columbus, in his frail barge of not more than a score of tons' burden, discovered these shores amid similar scenes, when with indomitable energy he passed through the Dragon's Mouth and the Serpent's Mouth, these two dangerous straits between the continent and the Island of Trinidad, being drifted amid hidden rocks and reefs by rapid currents, tossed about like a nutshell by tempestuous seas entirely unknown to him, and sailing along these forbidden shores without the least bay, the least port of safety. I was doubly glad to have taken Washington Irving's "Life of Columbus" along, for, travelling in his wake, I could appreciate his wonderful achievements to their fullest extent.

Within a few hours the storm had subsided, and descending from the ship, lying in the open roadstead, small rowboats transferred us to the shore of South America, to the town of Laguayra, with its beautiful palm groves, its shady squares, with water fountains and fine statues. An equestrian bronze statue of Guzman Blanco, the Napoleon of Venezuela, is the first object of interest that greets the traveller as he alights on the Custom House pier, and, strangely enough, Guzman Blanco's ghost will accompany him all through the republic, wherever he may direct his steps. His energy, his influence, his wisdom, and his works are apparent in every town, on every road throughout the land. He is, on a diminutive scale, at the same time the Julius Caesar and the Boulanger of Venezuela. Like Caesar, he conquered the enemies of the land and brought peace and order into it; like Napoleon, he created communications between the different States and cities; like Haussmann, he turned the capital of the republic upside down and made it one of the most beautiful and well-managed cities of South America; like Boulanger, he organized the army and—advertises himself. He suffers from excessive vanity, but in his case vanity is counterbalanced by great achievements in every branch of statesmanship.

In Laguayra, the first city of Venezuela we saw, everything is his work. The Custom House pier, the squares, the roads, the sidewalks in the streets, and the railroad to Caracas, one of the most noteworthy technical wonders of South America.



A TYPE OF BEAUTY.

Caracas, the capital of Venezuela, lies yonder, between the ranges of the Cordilleras, 3,000 feet above us, in a valley closed in by mountains 8,000 to 10,000 feet high. The distance from Laguayra is but little over six miles as the crow flies, but the intervening mountain ranges are so contorted, the mountain sides so steep, the summits so high, the valleys so deep, that the construction of a railroad was for a long time considered an impossibility. But Guzman Blanco said a railroad must be made; nay, more, he limited the time for its construction, and behold! the road was opened within the fixed time. It is a most wonderful piece of engineering, the like of which I have seen only on the Gotthardt and on the Brenner.

Soon after we left Laguayra, in the comfortable cars of the railroad, we passed among the palm groves of the village of Maiquetia and ascended the mountains, passing along precipices, and creeping along curves, which made our hair curl. Thousands of feet above us the abrupt mountain sides, thousands of feet below sombre valleys, cut through the soft soil by the action of torrents. Laguayra and Maiquetia lay at our feet, with houses small and scattered like bricks tumbled down the mountains topsy turvy, with palm groves between them as small as matches, and dusky Venezuelans creeping among them like ants. For twenty-seven miles our train rolls upward between heaven and earth, between life and death, over ghastly precipices, along mountain ridges, around curves of less than thirty yards diameter, with half a dozen turnings to the mile. But the only accident we met with was quite of a different nature than what we had reason to expect on every turn.

In the valley of Maiquetia I had already noticed the fearful havoc the grasshoppers had made among the bananas, the mango, and the breadfruit trees, with which this beautiful spot is dotted. Locusts of enormous size literally covered the ground or passed over our heads in such numbers that it looked like a snow storm. At last our locomotive could not proceed further, for the grease from those which had been crushed on the track had oiled

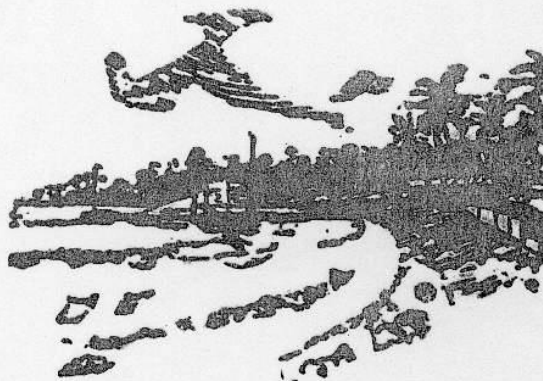


READY FOR CALLS.

the wheels, and it became necessary to throw sand on the rails. I have in my possession one locust fully eight inches in length. Locusts are one of the greatest plagues of Venezuela.

Our train went higher and higher, through clouds hanging on the mountain sides. The hazy blue sea which we had seen in the distance disappeared behind the ranges. The torpid tropical heat of the coast, which had opened all our pores and caused lavish perspiration while we were in Laguayra, had given way to delicious cool breezes, perfumed with the odor of the rich vegetation. At last the valley of Caracas was reached, and from the mountain saddle, through which our train passed, my eyes met with a picture which will not soon be obliterated. Caracas is one of the most picturesque cities I have ever seen during fifteen years' travel through four continents. Situated in a beautiful verdant valley of from two to three miles wide, and more than a dozen miles in length, the red flat roofs, the numerous cupolas and towers, intermingled with the tops of lofty palms and other evergreen trees, form a most pleasing picture within an imposing frame of high mountains, some of them like the Silla de Avila and the Naiguata, towering nearly 7,000 feet above the level of the valley. Elegant carriages carry you at a moderate fare through crowded streets bordered with elegant houses, and here the traveller will again be agreeably disappointed.

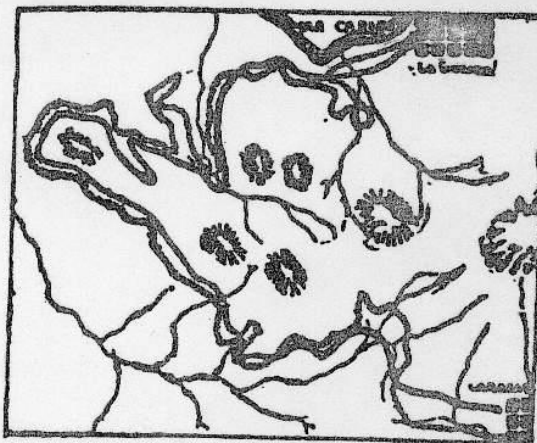
So much has been said of the miserable hotel accommodations of South and Central America that I was surprised to find the Hotel Americano in its appointments and its cuisine quite equal to the majority of French hotels in Europe, and much superior to English hotels in towns of the size of Caracas. Large carpeted sitting rooms, well-furnished bedrooms with excellent spring beds and refreshing baths, were things I did not expect in Venezuela.



MADURO BATHING BEACH.

True, in the country towns hotel accommodations are miserable beyond description, but the average tourist usually confines himself to a visit to the principal cities, and need not penetrate into the interior.

Sightseeing in Caracas was not the object of my trip to South America, but during the several weeks I spent in the capital, preparing for my voyage further inland, I necessarily saw everything worth seeing, and do not hesitate to pronounce it in many respects quite a pocket edition of Paris. In the whole of Central America, the West Indies, and the northern half of South America there is not another city where the tourist may spend several weeks or even months more pleasantly than in Caracas. During our winter months, that is from October to March or even April, the climate of there is delicious. Without being too warm in the daytime, it is cool and refreshing after sunset, altogether probably equal to our Northern May or September. Caracas.

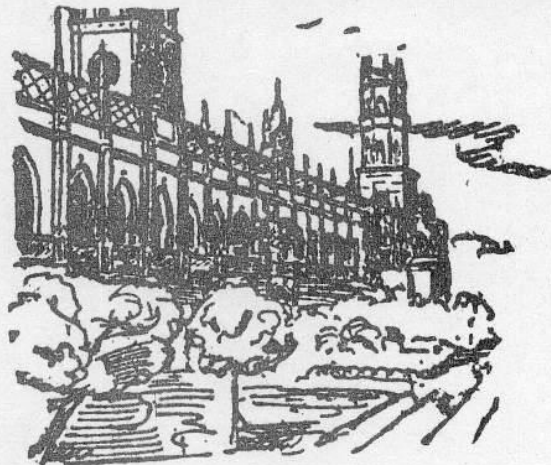


A LONG WAY AROUND.

with its regular streets arranged after those of our American cities, has numerous shady squares and parks with lofty palm and evergreen trees, bananas, the bread fruit tree, mangoes, almond trees, and lechosos. The patio or interior court of nearly every house in Caracas is nothing but a beautiful flower garden, with tropical flowers in full bloom all the year around. The streets are well paved with cemented sidewalks, better kept than those of our great Northern capitals. During winter time it never rains, but a fine

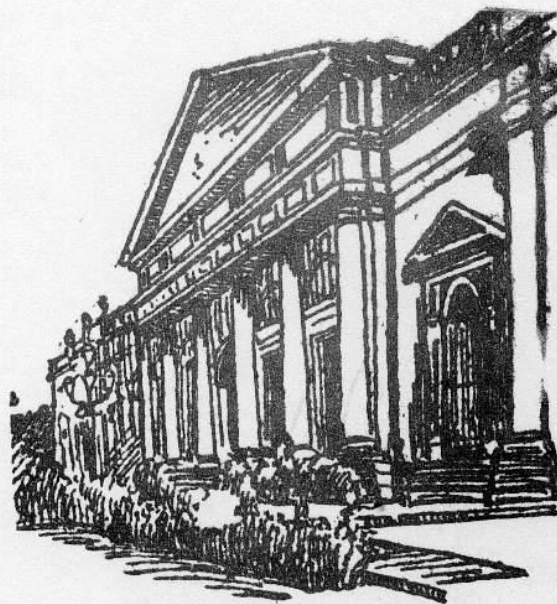
aqueduct, the work of Guzman Bianco, keeps houses, gardens, and fountains, of which there is one in every square, well supplied with excellent water. Owing to the many earthquakes which Caracas experienced in bygone days, the houses are mostly one story high. Except the Government buildings, there are very few houses two stories high, and, to my knowledge, none of three stories. Elevators and staircase climbing are, therefore, unknown things in Caracas, as, indeed, in the whole of Venezuela. One would be liable to think these one-story buildings, with their flat roofs and long rows of grated windows, would give the streets of Caracas a dreary appearance, but nothing would be further from the truth, for windows and doors are all open, and, while the latter permit a passing glimpse at the beautiful flower beds and luxuriant platanos in the courtyard, the former are usually adorned with flowers of a far superior kind, with beautiful señoritas, whose like are not to be found all over Central America. Caracas is deservedly far-famed for the beauty, grace, and elegance of its ladies, but even the highest expectation of an unpoetical, scientific traveller like myself fell far below the truth.

The very first day of my stay in Venezuela's capital I had an opportunity of seeing its "beauty, wealth, and fashion," or at least a large portion of it. In all larger cities of Spanish America military bands are in the habit of giving open-air concerts in the principal square, which are usually well attended by the better classes. In Caracas these concerts take place every Thursday and every Sunday evening, and I was fortunate enough to see Caracas in all its glory. Leaving the hotel, I had only to follow the crowds of elegantly dressed people to the principal plaza. It was



THE UNIVERSITY, CARACAS.

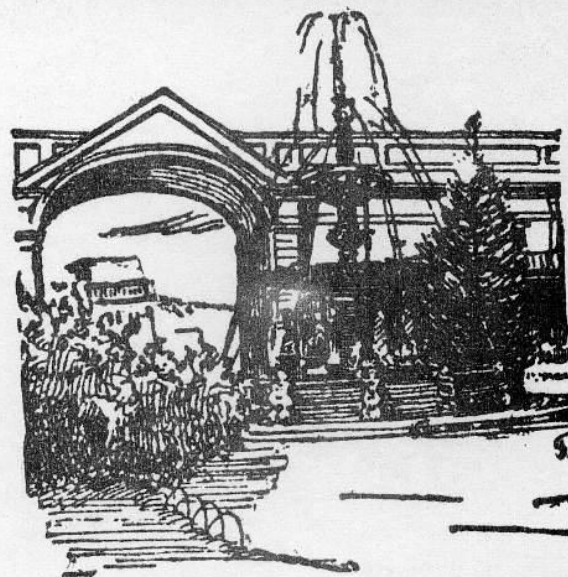
dark, but the streets and squares are exceedingly well lighted with gas, and there are now companies forming to provide the different cities of Venezuela with electric light. Passing the magnificent university square and the plaza of the Capitol I arrived soon on the Plaza Bolivar, a beautiful square, with luxuriant tropical plants and a life-size equestrian statue of Bolivar in the centre. Hundreds of gas jets illuminated brilliantly this interesting picture. On the upper side of the square are the Post Office and the telegraph office, on the opposite side the Palazzo of the Governor, or, as we



SOUTH FRONT OF THE CAPITOL.

would call it, the City Hall; on the two remaining sides of the square are to be seen the huge façade of the Cathedral and the Palace of the President of Venezuela, the Casa Amarilla, or "Yellow House," named thus after the color of its paint. Why yellow? I asked myself. Has the color of the Venezuelan White House any relation to the color of the inhabitants, who are for the most part mulattoes and Zambos? Should this principle be adopted in Liberia or Hayti, we ought to have there a "Black House" as the Presidential abode.

But my attention was soon attracted by the strains of an excellent military band on the plaza playing Strauss waltzes. Around them stood, sat, and promenaded the *haute societés* of Caracas, elegantly dressed gentlemen and beautiful ladies in toffets of exquisite taste in color and cut. I was afterward informed that, although there are quite a number of French dressmakers in Venezuela, the ladies themselves are very well versed in the high art of the couturière. Nowhere in America south of Washington and north of probably Rio Janeiro have I noticed such remarkable taste in dressing, and it would be a decided advantage to the Señoritas of Mexico and Central America if



THE CAPITOL FOUNTAIN.

they would take their "modes" from Caracas. The reboso, or Spanish veil, has been discarded by the Caraqueñas, and very well made coquette hats in the "latest" Parisian style have been adopted. Rebosos are only worn by a few ladies of the middle classes, especially on Sundays at church, while women of the lower classes throw white silk shawls over their heads. Negrresses wear here, as indeed all over the West Indies, gaudy colored bandana handkerchiefs wound around their heads.

Although the Plaza Bolivar is open to everybody, the lower classes never enter it during concert hours, but content themselves with listening to the music outside the railing. Altogether I have rarely met with a more docile, well-behaved people than the lower classes of Venezuelanos. They are poor and ignorant, but at the same time honest and kind-hearted. Robberies are hardly known in Caracas. The doors are left open during the day, and even at night they seem to be closed only for formality's sake, but not for protection. In my numerous lonely walks through the streets at night, not only in Caracas, but in other towns, I never met a disorderly or drunken person. After 11 o'clock at night everything is quiet. The few tramways crossing the city stop shortly after 10 o'clock, and at midnight the streets are absolutely deserted, reminding me often of similar streets with similar houses in a city far away, at the foot of Mount Vesuvius: Pompeii.



LOPEZ.

Well equipped with over a score of letters to the leading families—from the President down—I had the pleasure of coming in contact with so many charming people that my stay in Caracas will always remain among my pleasantest recollections. As in every smaller city—Caracas has only 65,000 inhabitants—society is divided into several coteries. The official world does not mingle with society, for reasons which had better remain undiscussed, for I have no desire to become the "Comte de Vassil" of Caracas. The President—to whom I was presented by the Minister of Foreign Affairs—is a plain gentleman, formerly President of the State of Carabobo, which office he is destined to resume next spring, after the new elections have taken place. He is, of course, like every Venezuelan of standing, a General. One sarcastic diplomatist told me once at the Union Club of Caracas (a gambling establishment with a small library for appearance sake) that Generals are as thick in Venezuela as locusts. But fortunately they are far more harmless than those insects. Among the Ministers of Hermogenes Lopez, the President, there are several very able gen-

tleman, but the greatest statesman among them is undoubtedly Don Gonzales Guinan, the Minister of the Interior, and, like many others, a Presidential candidate, with many chances for success.

The affairs of the republic are usually discussed at the Ministerial council, which is held thrice weekly at the Capitol, under the Presidency of the Chief Executive. All measures of the President have to be approved by a Federal



GUINAN.

Council, whose members are chosen from the Senate, very much after the fashion in which affairs are managed in Switzerland. Altogether, the Constitution of Venezuela has been framed after the Swiss Constitution, with certain additions taken from the Constitution of the United States. On paper it looks undoubtedly very well, but unfortunately the people of Venezuela are not yet quite up to the mark of the good Swiss nation nor to that of the Americans. There are, therefore, occasionally hitches and drawbacks, which do not add to the prosperity of the Venezuelanos. Some diplomatists in Caracas complained somewhat of the slowness with which matters are conducted by the officials. Important affairs are laid by, promised for to-morrow, postponed, and again postponed. "Mañana" (to-morrow) is a great word in certain official circles. One President is reported to have said: "All officials using the word 'mañana' should be hanged." Fortunately, the idea has never been carried out, for the havoc among the population would have been enormous. I myself had little reason to complain, except in one instance. On the contrary, I met everywhere the greatest possible courtesy and complaisance. The President himself furnished me with a general introduction to the authorities of Venezuela, to facilitate my scientific mission, and the Ministers did likewise.

Socially the official world of Caracas does not figure prominently. The President, probably owing to the long-continued illness of his wife, does not entertain, although the Casa Camarilla contains some very handsome "salons," furnished in good taste, and well adapted for evening parties. There are, however, two official balls annually at the Capitol, which has large halls, adorned with numerous portraits of distinguished men, and well furnished with costly French furniture. The real society of Caracas, outside of the official world, is principally composed of the family and relatives of Gen. Guzman Blanco, the regenerator of Ven-

ezuela, of the diplomatic and consular representatives and their families, and the leading merchants, of whom the Germans are the most numerous and at the same time socially the most prominent. There are two theatres in Caracas. The Teatro Guzman Blanco is certainly one of the finest on the entire continent. Last year an Italian opera company, under the management of Mme. Carreño (the distinguished pianist, and herself a Caraqueña), performed at this theatre. This year theatrical entertainments are rather scarce, but the Philharmonic concerts, given about three times in each month, bring together the beauty and fashion of Caracas.



A LADY OF CARACAS.

In order to meet the far-famed beauties of the capital, one must assist at some private entertainment, of which there are a great number. Every birthday, every nameday, or other family event, is a most welcome occasion to invite friends for evening parties. It is customary in Caracas to present the heroine of the day with floral offerings, the size and beauty of which are truly astonishing. Bouquets, horseshoes, and flower baskets cover the salons of a Caracas society belle, and I am very much inclined to think many young gentlemen of Caracas consult too much their hearts instead of their purses in such matters. Altogether, a good many people in Venezuela's capital seem to be unaware of the great principle of economy—to spend less than they earn. But after seeing the beauties of Venezuela I can fully understand, and even pardon, the weakness of the so-called stronger sex. Indeed, *entre nous soit dit*, I myself narrowly escaped following their example. Such beautiful faces, such elegant figures, such graceful manners as those of the ladies of Caracas are seldom met with. They are passionately fond of dancing, are good conversationalists and very experienced flirts, drawing quite innocently their web around the helpless victims of their grace and beauty. They have a decidedly good influence over the stronger sex, and I only wish their influence would be even more appreciated than it actually is.

The visitor from the United States, if well introduced, will soon become a welcome member of these charming social circles, composed, I hardly need to add, entirely of whites. Aside of Spanish, many ladies of Caracas speak French and English quite fluently. They are well versed in Spanish and French literature, but, unfortunately, the Venezuelans neglect somewhat their higher education. The University of Caracas, although counting among its professors such far-famed scientific men as my distinguished friend Prof. Ernst, is not quite up to the mark. The museum, under the direction of Prof. Ernst, is, unfortunately, too scantily endowed to make the required acquisitions, and, altogether, scientific and literary life is at a low ebb in Venezuela. There are quite a number of shining lights in literature and history, like my excellent friends Señor Aristides Rojas, Señor Calcaño Mathieu, and others. But one must not find fault. The tropical climate in which people are living, their isolation, and many other circumstances are very great obstacles to any higher mental flight. Considering the many drawbacks, the progress and culture to be met with in Caracas are very surprising, and certainly far ahead of anything to be expected along the shores of the Caribbean Sea.

E. DE HESSE WARTEGG.

AMONG THE VENEZUELAN.

AMUSEMENTS AND HABITS OF THE GAY PEOPLE OF CARACAS.

Bewitching Ladies who Help the Traveller to Butterflies and Knowledge—Their Coney Island Infested with Sharks—A Fete at Guzman Blanco's Country Seat.

Ladies of Caracas, I beg your pardon! In writing the hymn of your praise last week I spoke of your beauty, your grace, your domestic qualities, but I omitted to mention your virtue, that principal glory of a true woman! Not appreciated to any great extent when not marching side by side with grace and beauty, virtue is the third essential quality to complete the trinity of love. But you are virtuous, ladies of Caracas. Was it required to make special mention of it? I hesitated for a long while. But there are creatures in this world who do not always consider virtue a matter of course, and there must be no misunderstanding about it. Moreover, this is so pleasing a subject that I am repeating here what I have done in Venezuela. I postponed my horseback ride through



A VENEZUELA BEAUTY.

the country for a few days, in order to linger a little longer in the charming city of Caracas, and, although these columns ought to begin with a description of this interesting journey, I will linger in spirit a little longer among you, ladies of Caracas. Am I to be blamed for it? My way led me through a wild country, abounding in certain parts with serpents and crocodiles. Why, therefore, not stay longer with you?

Moreover, I owe them a debt of gratitude. The ladies of Caracas were my faithful, devoted, and, what is more, successful collaborators in my scientific mission. One afternoon I drove through the beautiful, luxuriant valley of Caracas, on the Petare road, to the hacienda of Señor Ybarra. Rich sugar fields and coffee plantations, with their tall, shady bucaré trees and the small dark-green coffee bushes between them, surrounded us on all sides. The banks of the Guayre River, which waters the valley, were covered with immense bamboo bushes, thirty, forty, fifty feet high. Across the river, on a small elevation, stood the dwelling of the Ybarra, for a century or more in the possession of the family. The young ladies of the house were my guides through the gardens and fields, pointing out every item of interest, and doing the honors of the hacienda in a manner worthy of the daughters of a Spanish grandee. After a beautiful afternoon I and my friends were again seated in the carriage to return to the town, when one of the ladies accidentally remarked: "Are you interested in mariposas?" (butterflies.) And without awaiting my answer she flew light-footed back to the house and returned an instant afterward with a large wooden box filled with a hundred of the most beautiful butterflies, for which that country is famous.



A SUBURB OF CARACAS.

"Take this," she said, holding it toward me, with a glance from her beautiful eyes and a smile on her lips, which made it impossible to refuse. Now, if anybody ever looks over my collection of butterflies he might be inclined to think: What a poor fellow! How diligently he must have hunted for them! What a sacrifice! And I will get credit for something of which I am perfectly innocent!

Another time, while spending a charming evening with the family of Mr. Robert Hamilton, to whom I am everlastingly indebted for innumerable kindnesses, I expressed my intention of collecting the popular songs, the dances, and the folk lore of the Venezuelans. Immediately Señorita Conchita and other young ladies present played the most popular melodies on the piano, and sang the songs of the people in a perfect manner. A few days afterward I received a number of songs, copied by the ladies themselves. The Venezuelans are a musical race. They love music, they play the guitar and the piano, and they sing charming songs, composing appropriate verses on the spot. Nothing can be more interesting than one of the evening parties, even among the lower people, where several persons always play their guitars and sing songs referring teasingly to the love affairs and little secrets of those present. What an amount of wit and good-natured humor! And the ladies do it so gracefully and coquetishly that you cannot be cross with them for exposing your little weaknesses. Music is inborn with them. They do not need to learn it, which, however, does not prevent them from having a piano in every other house, on which they practice Wagner and Beethoven for hours, not always to the delight of their neighbors, whose windows are equally wide open. Singing and guitar playing are to be met with in the huts of the poorest villagers. It is their favorite amusement during the evenings or during the dull hours of the midday heat. Many of the donkey drivers, travelling with their caravans through the country, carry a guitar slung over their shoulders, and one day, far inland, I met a fellow, riding on a heavily packed donkey, playing the guitar and singing to his heart's content. What a good-humored people!

Visiting the abodes of the lower classes, their places of meeting and ballrooms, I could observe how gracefully they dance their own national dances, which are entirely different from ours; slower, quieter, with steps more difficult. They danced interminable dances,

without ever resting and without visible signs of fatigue. My guides told me the reason: the ostentation of the people pay no admission to the ballrooms, but they have to pay one real, equal to one dime of our money, for each dance. No wonder that they spin out the dance as long as their limbs will carry them, and as for their ballrooms, well, have you, dear reader, ever met with a young lady who says she has danced enough?

One evening while dining at the house of one of the most charming and most respected families of Venezuela, the Lesour family, I mentioned that I had seen the native dances, reminding me in motion and melody somewhat of the Hungarian dances, but that I knew not their names. Again the ladies came to my assistance. Two days afterward there was a dancing party, where I had the pleasure of meeting about twenty of the most charming young ladies of Caracas. They sang and they played the guitar and they danced. But how they danced! Graceful as these dances are even among the lower classes, they are simply bewitching when beauty and refinement add their indescribable charm. I have this graceful picture still vividly before my eyes—the coquettish movements of the joropo, the quicker steps of the perico, the cochina, and the curious papelon, or dance of the negroes. But the national dance is the danza, a sort of waltz with varying time—Byron's beautiful poem realized in a manner which I never expected to see.

One of the most curious customs of the country is dancing in houses of mourning. As soon as the departed dead is clad in white and laid upon his bed, relatives are invited to come, musicians are ordered, and dancing, singing, and amusements are kept up incessantly until the interment has taken place. This is done with a view to distract the family of the deceased and to drive their grief away. Even by-passers, unknown to the family, are allowed to enter and to take part in these strange amusements of the living in the presence of the dead.

In many other instances I enjoyed the active assistance of the kind-hearted caraqueñas. They are not great walkers; indeed, their little feet only tread the ground at dancing parties, on Sunday mornings on the way to the church, on Sunday evenings at the concert on the plaza. All the ladies are more or less devoted churchwomen, and therefore it is one of the tac-

tics of the young dudes of the town to assemble at different hours at the doors of the different churches. The early mass at the cathedral, the 9 o'clock mass at the Church of the Holy Gracia, and the 10 o'clock mass at Santa Teresa are the best opportunities for these gentlemen. The churches of Caracas are not in any way remarkable: they are poor, with cheap, gaudy ornaments, badly made images of the Holy Virgin crowned with brass crowns and attired in glittering robes. There are but four or five churches in Caracas, and none could be compared to the magnificent temples of God in Mexico, Cuba, or in New Granada. The ancient convents have been turned into Government buildings and soldiers' quarters, and the gorgeous robes of the priests have been shorn considerably.

Venezuela is no longer a stronghold of the Roman Catholic religion; the priests are subjected to the laws of the country, and it seems to be owing only to their superior intelligence, and to their exemplary lives, that they still retain a good deal of their old influence. Until a few years ago there were neither chairs nor benches in any of the churches of Venezuela, and ladies had to crouch on the cold stone

floor, in their best dresses. Guzman Blanco, the "Ilustre Americano," as he is called all over the republic, had chairs placed in the churches of the capital, with the agreeable result of diminishing the number of colds and rheumatic attacks. In the interior of the country, however, ladies are still obliged to take seats on the bare floor, unless they resort to the old practice of the Mohammedans, and carry a small, square, thick carpet along, which they spread over the stone pavement.

When paying visits or making excursions the ladies mostly resort to carriages, of which there are a good number, together with teams of fine native horses. They are also elegant riders, and I know several ladies, Mrs. Stürup, the charming wife of the Danish Consul-General among them, who even undertook the very fatiguing journey to Valencia on horseback.

But the real sphere of the ladies of Caracas is in their own homes. Elegant and fascinating in society, they are even brighter queens at home. There, during the day, they are occupied with attending to the household, with knitting, embroidery, and dressmaking. They are very skilful lace makers, and their tiny white hands (for the complexion of the Caraqueñas is remarkably white) produce some wonderful work. At the house of Don Gonzales Guinan, in the city of Valencia, the ladies showed me a beautiful alb for the Pope, all made of the finest white lace, the work of nearly



GEN. WIEDEMAN.

a year. In Caracas, the beautiful Señorita Eva L. produced some handkerchiefs adorned by her nimble hands, after the fashion of the country, with the Tripita de la Reyna lace, which I have seen in no other country. It is made by pulling a number of threads from the finest linen tissue, and arranging the remaining loose threads very artistically in all sorts of ornamental figures. Another kind of native lace is the Catatumba, similar to the Tripita. If not at work in this manner, the ladies attend to the wonderful orchids in their house yards, to the song birds, of which there are a good many in Caracas, but rarely to the kitchen. The ladies themselves never go marketing, but send their faithful servants, mostly Zamboas, negroes, or pure Indians from the interior. They make excellent, faithful, and attached servants, and the importation of 200,000 of them to this goodly city of New York would prove a great boon.

An impression seems to prevail abroad that the ladies of Venezuela, being direct descendants of the Spaniards, are great smokers. I have made particular inquiries, but have found the contrary to be the case. How could it be different? The caraqueñas show such excellent taste and so much refinement that they could not possibly stoop to such vices. It seems, however, that certain elderly ladies occasionally enjoy a good cigar when among themselves, but never in the society of gentlemen. Probably they would indulge in it a little more if cigars and tobacco were better in Venezuela. But there are no good cigars to be had. The native tobacco, although grown in large quantity, is far below the average, and Havana cigars are very expensive. Of cigarettes, American or Turkish are almost unknown, and but those of Havana make are used. Among the women of the lower classes cigarette smoking is far more common, and women of a certain, or, to express it more plainly, of an uncertain, age indulge a great deal in cigar smoking. A curious and very general habit among them is smoking cigars inverted, with the burning end inside the mouth. I have seen this frequently in the West India Islands, at Curaçao, and among the women of Venezuela, but I never noticed men indulging in this risky practice. They say cigars taste much better if smoked in this way, but I must leave it to the readers to decide for themselves.



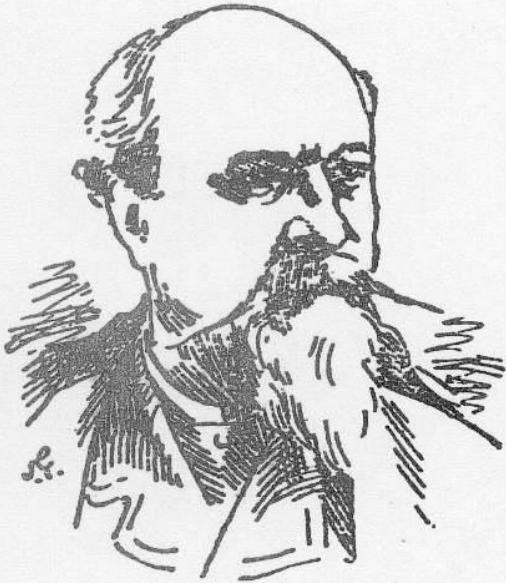
CONSUL J. A. SILVA.

I have been writing of after-dinner smoking, without mentioning the dinner itself, and yet a Venezuela dinner will be enjoyed by people of moderate pretensions and sound digestive faculties. There are such things as national dishes, common to high and low, all over the country of the Orinoco basin, from the Andes to Guyana, from the Caribbean Sea to the Amazonas. The first meal, or "desayuno," taken between 6 and 8 o'clock in the morning, usually consists of a cup of coffee (and what delicious coffee they make in Venezuela!) and bread, butter, and cheese. Sometimes fruit is added. At noon, or at rather some time between 12 and 1 P. M., the "almuerzo" is served, consisting invariably, day for day throughout the year, of sancoche as the "piece de resistance." Sancoche is composed of a huge piece of beef, boiled with potatoes, carrots, beets, apio, yuca, and other vegetables. The whole piece is placed on the table, with an extra bowl of soup, and each member of the family cuts off

lices proportionate to his appetite. Frequently the meat is eaten first, and a plate of soup added afterward. This dish will be found during the noon hours of every day on the table of the President in the capital, of the hacendero among the plantations, and of the poor country people. Another dish of national fame is the "carne frita," meat cut in very small pieces and fried in grease or in mantequilla (butter). The vegetables mostly eaten are "carotes," or black beans, in Mexico called frijoles, papas (potatoes, of which a small kind is grown in Venezuela, the larger kinds being imported from the United States), different kinds of salad, also the fine-flavored aguasate and the delicious "plantanas fritas," or sliced fried bananas, which are the most common fruit of the country. The wealthier people add sometimes stewed chicken, or liver, or other delicacies to this meal. The dessert consists of dulces or fruit jellies, specially the delicious guava jam, in Venezuela called guayava, excellent queso de mano (fresh cheese), and again coffee. Chocolate is not so much consumed in Venezuela as the great production of cacao would lead one to suppose. The largest part of cacao is exported to the Latin countries, especially Spain, although very good chocolate is made in Caracas. "La India" is the firm enjoying the greatest reputation in that respect, but "La India" is famous for another product, indigenous to the United States, and introduced into Venezuela under the Spanish name of "cocktailito." I do not think there are more cocktails poured inside the collar in any city of our great republic than in Caracas. In the capital, as well as in the provincial towns and on the haciendas, the gentleman, and frequently the ladies also, are in the habit of taking a cocktail before every meal, probably with the sole object of doing honor to the native Angostura bitters, a product of Venezuela not exactly unknown in this country. There is an amicable exchange of products all around. Venezuela gives us bitters; we give them brandy and whiskey; and thus we walk peacefully hand in hand with our sister republic of the southern sea.

The dinner or "comida" vies with the "almuerzo" in its substantial nature. Indeed, I am not yet sure which of the two is the principal meal of the day. The menu is, however, virtually the same. For bread, arepa cakes, hot and heavy, are used all over the country. It takes a long time and a good stomach to get accustomed to these compact, white loaves of

corn flour, sometimes mixed with cheese. They must be eaten hot, for when cold they are quite indigestible. In the larger cities the arepa and the cassave bread are frequently supplemented by rolls as crisp and nice as those of a Vienna bakery.

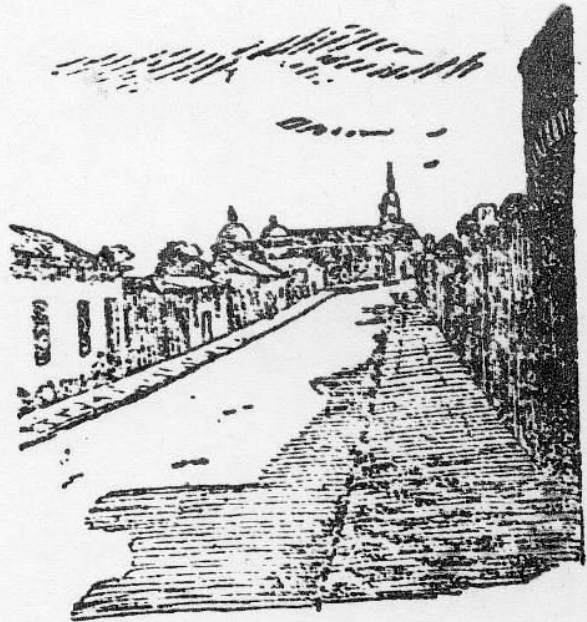


GUZMAN BLANCO.

There is a great variety of fruit in Venezuela —juicy pineapples and mangoes, enormous medlars, sweet guayave and prickly pear, delicious rifiones, and fine grapes. Bananas, bread fruit, aguacate and coconuts from the extensive palm groves of the coast regions are, of course, consumed in enormous quantities, but taken all in all the fruit of the Caribs, with the exception of pifios (pineapples) and naranjas (oranges), cannot in my opinion be compared to the delicacies of our Northern fruit markets. Along the coast fish and turtles are added to the daily menu, and turtle eggs are a special luxury which would find favor with the most captious. I am sure turtle eggs, hard boiled, would soon become the craze of the habitués of Delmonico. Fortunately for the foreigner the hotels of Caracas, Lagunayra, and Valencia keep French or Italian *chefs de cuisine*, and I do not desire to get a better dinner than those served daily at the "Hotel Americano" of Caracas or of the "Hotel de Commercio" of Valencia.

The beverages mostly in use in the cities are French wine or imported German and American bottle beer. Owing to the heavy import duties imposed upon every article, beer is very expensive. I paid sometimes for a small bottle of Milwaukee lager, Vienna Dreher, or "Cumbatsheer" (Kulmbacher), six to eight reals, equal to as many dimes. The lower classes are very fond of aguardiente, manufactured from sugar cane; carrato or hervido, a sort of fire water, manufactured from Indian corn or guarapo; but these strong drinks are usually taken in small quantities, and intoxicated persons are rarely seen in Venezuela. Fruit waters and Naranjada are also drunk a great deal, but the most popular drink with many is "agua de papelon," which was first introduced to my knowledge on the coffee hacienda of the Austrian Consul. He might tell a curious tale of its after effects, but I trust in his discretion. "Agua de papelon" is simply water, sweetened with native sugar. In order to promote the making of pure white sugar, the importation of this article into Venezuela is entirely forbidden, and the sugar in general use is called papelon, being the product of cane, containing all the syrup or molasses.

The best native meal I was allowed to partake of was one served at Gen. Guzman Blanco's magnificent country seat at Antimano, a village up the valley of the Guayre River, about an hour's drive from Caracas. Señora Barrios, one of the most beautiful ladies of the



ANTIMANO.

land, and a near relative of Guzman, together with Madame de Ballestero, the fair wife of the Spanish Minister, had extended to me an invitation for a large garden party at Antimano. At the appointed hour over forty of the most beautiful ladies of Caracas, accompanied by about an equal number of gentlemen, belonging for the most part to the old Castilian aristocracy of Venezuela, assembled at the Antimano railroad station, to be conveyed to Guzman's country seat by a special train. The railroad is the work of no less a personage than Krupp of Essen, the German cannon king, and will be extended beyond Antimano over the mountains to the llanos, or plains, of the interior. At present it is finished as far as Antimano. Amid the strains of the curious national hymn of Venezuela played by a native band, which later in the day furnished the dance music, our train rolled on along the rich, beautiful cane fields of the Guayre valley. But I regret to say the picturesque scenery through which we passed was sadly neglected by the young gentlemen of the party, for fairer objects in our close vicinity attracted and ultimately absorbed our attention. Arrived on the beautiful grounds of Antimano, we found the table set under the gallery of Guzman's country house, and after a walk through the flower beds and shady promenades along the river we were conducted to the "almuerzo." The occasion reminded me vividly of similar picnics near Paris or Vienna in summer time.

The table was set with exquisite taste, the company was as refined as that of a European capital, and the menu proved to be as delicious as it was interesting, for it was composed entirely of national dishes:

- Antimano.
Almuerzo del 6 de Noviembre de 1887.
- Revoltillo, con Salchichas.
 - Entremeses.
 - Mayonesa de l'Angosta.
 - Hallacas.
 - Samon de York, con espinacas.
 - Carne a la llanero.
 - Salsa guaracaca y casabe.
 - Pavo asado, con ensalada.
 - Postres variados.

The reader will notice in the menu two names not yet familiar to him. Firstly, the hallaca (pronounced hayaca), one of the most delicious dishes I have ever tasted. Is it always so savory, or was it owing to the artful devices of the chef? Hallaca is a curious olla podrida of chicken, ham, raisins, dulces, fruits of all sorts, and heaven knows what more, stuffed into a square bag of macaroni dough and boiled, a veritable ambrosial dish, deserving to be introduced in our Northern climes. The next dish, unknown to the American is the "Carne de Llanero." Two servants in livery, walking from seat to seat at a distance of about two steps behind each other, carried on their shoulders a long bamboo pole on which the hind quarter of an ox was sticking. The butler accompanying them passed from plate to plate, and cutting off large slices of meat placed them before every guest. The meat had been previously roasted over an open fire in the garden, after the practice in vogue all over the vast prairie regions of the Orinoco.

Is it necessary to add how much this lunch was enjoyed by all those present? It was a social circle of Paris translated into Spanish, a fashionable slice of the French capital transferred to South America. Everything—toilets, jewelry, manners, and even the language, for everybody knew French—reminded me of it, except the ladies themselves. They were in grace and beauty decidedly superior to their Gallic sisters. It was at the same time one of the rare occasions where I saw the Venezuelan custom broken, of seating the ladies in rows on one side of the room, the gentlemen opposite them on the other, a silly provincial habit which I invariably tried to change by boldly breaking "through the lines" whenever I had the opportunity.

These parties at Caracas or Valencia are most enjoyable for the stranger, and he ought to avail himself of every opportunity to be present. He will not only find there an inexhaustible source of distraction, amusement, and instruction, but he will profit by contact with people of such excessively courteous and graceful manners. I have already said that society in Caracas and Valencia, and possibly also in the country towns, is exclusively composed of pure whites, and the least tinge of café au lait blood would be as little tolerated here as in the Southern States of the Union. This is specially the case with ladies. Gentlemen of café au lait color (with a great deal of milk added), enjoying some high Government position, might be tolerated, but they are wise enough never to take their wives along. Thus the white Castilian race is well preserved in Caracas, and no finer specimen of womankind can be found in South America, unless it be in Peru. Tall, of exquisite proportions, with fine white complexions and burning black eyes, a wealth of jet black hair, small hands and feet, they are subjects of admiration wherever they go. The stranger has frequently a good opportunity of judging these advantages at their full value, if he is at all versed in anatomy. Children, both boys and girls, are but scantily clad in Venezuela, for until they are six, seven, or, as in the southern provinces, ten years old, their unique garment is the harmonious beauty of their well-proportioned forms, and I presume the step from ten to sixteen is not great enough to obliterate this harmony. But in these matters I am not an expert. I know only that the ladies of Caracas, judging from their appearance, preserve their figures until a comparatively advanced age.

and the tendency to increase in circumference is not so prominent as in France or Spain.

The great social season in Caracas is the winter months—from November to March or April—the time of the carnival, which is as gay, but not as boisterously celebrated here as in Rome, Antwerp, or Cologne. It is also the time for sea-bathing in Macuto. Macuto is the Narragansett, the Cape May, the Coney Island of Venezuela, the only fashionable sea bathing beach of her capital. Macuto is a small village east of Laguayra, to be reached on a narrow gauge railroad within a half hour's time from that port. I suppose Macuto became fashionable simply on account of Guzman Blanco, who possesses a charming villa there. Guzman, or as the Venezuelians with their curious omission of all harsh sounds call him, "Goo-man" is not only the national hero, the Napoleon of Venezuela, but he even sets the fashions after his own particular style. I once asked a very lovely lady of Caracas what time of the year might be called "the season." She shrugged her shoulders and said: "We have a season, as long as Goo-man is here; when he leaves, the season is over." Guzman manages things perfectly. He reminds me in many respects of the old Duke de Morny, whose son, by a curious freak of destiny, became the husband of Guzman's eldest daughter, now one of the most beautiful and accomplished women of Paris. Old Morny created Deauville, and Guzman created Macuto. He alone was the cause of the present popularity of this watering place, a village by the sea, with a beautiful shady valley, watered by a bubbling, crystalline river. Mountains rise immediately behind it, several thousand feet high, the tops hidden by clouds, the sides covered with luxuriant verdure, a picture of Switzerland transplanted to the land of the Caribs. Strangers from the north must not expect to find in Macuto the conveniences of our Northern seaside resorts. There is but one hotel, the Mexeron, in the whole place, offering accommodation for probably a score of visitors. Outside of the two capitals and the two great seaports of Venezuela, hotel life and its comforts cease. The rooms are all on the ground floor, opening on the interior court. The floors are paved with tile. The beds consist simply of a piece of canvas stretched within a folding wooden frame, and the bedding is limited to a hard horse-hair pillow and one single sheet, for the weary wanderer requires no covering in Venezuela, as he will soon find out.

Up and down the cosy, clean, well-shaded streets there are nothing but low, tiny houses with grated windows and shutters in lieu of glass. There is not one house in Macuto with more than the ground floor, and a large number of these houses are not even furnished. Yet this is the fashionable winter resort of Venezuela, and from early December to the end of February every hut, every nook is occupied by some prominent family of Caracas, huddled together within a couple of rooms, bringing the necessary furniture in many cases with them down to the seaside. I remember having seen once a similar primitive watering place in Southern California with rows of tents instead of houses, a fashionable camping place by the sea, where the good people of the golden land enjoyed themselves better than they would have done at Long Beach. Macuto is nearly, if not quite as primitive, yet it is full of enjoyment. There is a casino in the place, where two grand balls are given each season, which, however, does not prevent the young folks from dancing and frolicking every evening. There is no band, but a piano, and the two main conditions for amusement of this sort, young men and pretty girls, are plentiful.

Sea bathing at Macuto has its disadvantages. Among the visitors of this fashionable place are a great number of sharks, which necessitated the construction of bathing-houses and enclosures in the sea. But even these do not prevent the inquisitive crabs from intruding into the salt water sanctum of the young Caraqueñas and pinching them occasionally. Of bathing costumes I can say nothing, for the ladies' baths being separated from those of the gentlemen, bathing costumes are naturally found unnecessary in a country where costumes are really superfluous even on land. Swimming out in the sea, and flirting in the water are, under these circumstances, out of the question. Besides, the Baños del mar Macuto has also its "Baños del Rio" viz.: Bathing in the river. A hundred yards above the village, sheltered from the fierce rays of the sun, there are three bathing houses, situated in three different tiers along the river. The water passes first into the "Baños por Señoras," and from there to those of the gentlemen; and still further below are the public baths, receiving their water supply from the upper bath houses. This is not encouraging, especially for people, who, like myself, saw the Indians, boys and girls, indulging in a bath up the river, just a few yards above the ladies' baths. There is a third kind of baths in Macuto, taken all day long by old and young, tall and small, viz., steam baths. The least exertion, the least walk during daytime produces most abundant perspiration. Change of linen in this tropical heat is a luxury producing a still more abundant outpour of fluid from all over the body. Under these circumstances one appreciates the desire of the English humorist who, on a very hot day was sorry he could not take off his flesh and sit in his bones.

E. DE HESSE WARTAGG.

A JOURNEY IN VENEZUELA

ON MULE BACK OVER THE RANGES OF THE EASTERN CORDILLERAS.

Rich Fields for the Naturalist and Sportsman—The Best Way to Enjoy a Vacation Trip—Many Novel Incidents of Travel.

A city like Caracas, situated as it is within the heart of the eastern spur of the Cordilleras of South America, on the boundary line between white and Indian, abounds in matters of interest, and books could be written on the curious mixtures of white, red, and black, on their manners and mode of life. My preparations for a journey to the interior were, however, completed, and I bade farewell to Caracas. I had learned in New York that it would be useless to take my instruments of observation, microscope, sextant, barometer, thermometer, &c., along, for I would be able to get these things from the University of Caracas. I regretted afterward having followed the advice of my Venezuelan friend in New York, for the university

is sadly deficient in any instruments for geographical observations, and I had to do my best without them. Fortunately my distinguished friend, Prof. A. Ernst, the most shining light in the scientific world of Venezuela, furnished me with a small microscope well adapted for travelling purposes in this country. In one respect, I was glad at having left my own good instruments at home, for I would have brought them back in such a dilapidated state as to render them unfit for use in future travels. The only possible mode of travel in Venezuela is on horseback, and the saddle bags, exposed to shaking and breaking, wind and weather, are hardly fitted for scientific instruments.

Venezuela is still a country of primitive civilization, and however beautiful the capital and her surroundings, however easy and comfortable the means of access, the interior of the country can be visited only on horseback. What the country principally wants is railroads. At the present moment there is but one railroad completed, the road from Laguayra to Caracas; another, from Puerto Cabello, the principal port of Venezuela, to Valencia, is nearly completed, and will probably be opened during the first months of the coming year. Both roads were built by English companies. A third road is being built by English engineers, which in a few years will connect Caracas with Valencia, the second largest city of Venezuela. A portion of this road, leading from the capital southeastward to the quiet old town of Petare, is completed, and Mr. Barham, the king of English railroad engineers, is now hard at work to lead the road over the picturesque mountains of the Andes to the fertile valley of the Tuy River, the garden of Venezuela.

THE RAILWAY OVER THE ANDES.

Mr. Barham took me one day out on his line, and I did not know what to admire more, the wonderful beauty of the mountain scenery, the technical skill of the road builders, or the endurance of their old chief, who accompanied, by myself and a few attendants, remained about twelve hours in the saddles, galloping along dangerous "picas," or bridge paths, with abysses 1,500 feet deep, and rocky mountain sides rising vertically over 1,500 feet above us, the tropical sun burning on our heads and backs. About twelve miles east of Petare, through the most difficult part of the mountains, the road is nearly completed, but it will take three years more to bring the iron steam horse to Santa Lucia, the capital of the Tuy valley. No finer mountain scenery can be seen anywhere within such easy access to a large city, and the visitor should not miss undertaking this beautiful, fatiguing, and somewhat dangerous trip over the Santa Lucia road.

At Santa Lucia the railroad will turn back toward the west, and, running along the southern

slope of the Andes and the northern shores of the picturesque Lake of Ticaragua, will finally reach Valencia. This road will be, when finished, a great blessing to the country, bringing Valencia within about twelve hours from Caracas, while it takes now a most fatiguing horseback ride of four days over the most abominable roads. The usual way to reach Valencia at present is to descend from Caracas to the seaport of Laguayra by rail, take a steamer to Puerto Cabello, ascend from thence by rail on a construction train to the Hot Springs of Trincheras, and then on horseback, taking in all about a day's travel and costing about \$20.

Venezuela's monetary system is similar to that of the United States, only there is such an infinite variety of coins that the foreign visitor will find it difficult for the first week or two to find any system in this monetary labyrinth. The peso fuerte is equal to the United States silver dollar, and contains ten reales, equal to ten dimes. But the peso is worth only eight reales (eighty cents). This difference should be kept in mind, as the American visitor is liable to be a heavy loser should he forget that all transactions have the peso, and not the peso fuerte, for a basis. Paper money is very little used outside the capital. The gold coins are American eagles, called morocote, half and quarter eagles. The American gold \$2.50 piece is called aguilita. There is, moreover, the old Spanish onza, worth about \$16, the media, and cuarto onza, equal to \$3 and \$4. Besides the United States and Spanish monetary systems, there is the French, one peso fuerte being equal to five francs, here called bolivars, a peso equal to four francs. I must leave it to the visitor to find out for himself the explanation of libros, medios, cuartillos, centavos, and centimos, chivas, and who knows what more.

ENGLISH AGAINST AMERICANS.

But let us return to the railroad system. The famous Krupp, the cannon king of Essen, obtained a concession to build a railroad from Caracas, by way of Antimano, the Guayre valley, and the city of Victoria across the plains of the Orinoco valley to the city of Calaboso, the capital of the llanos, the Kansas City of Venezuela. From this large trading place and central market of the cattle raising district the road will ultimately lead to San Fernando de Apure, the principal city of the upper Orinoco basin. There are some other projects on hand to connect the northern coast with the city of Bolivar, near Barcelona, on the Orinoco, and Maracaibo, the third principal port of Venezuela, with the fertile districts of the lake of that name. All these projects are, with one exception, entirely in the hands of Englishmen. Indeed, all enterprise and capital comes from Europe, to the exclusion of Americans.

There are very few American enterprises in Venezuela, the most noteworthy being the telephone, the electric light, and some mining companies. Mention has already been made of the "Red D" line of splendid American steamers, plying between New York and the Venezuelan ports, under the direction of Messrs. Boulton, Bliss & Dallett of New York. There are quite a number of English, French, German, and Spanish steamer lines connecting Venezuela with Europe, among them our old friends, the Hamburg-American Packet Company, with their fine, large steamers, and the Compagnie Transatlantique. On my arrival at Laguayra I found the France, one of that company's older ships, well known to many American visitors to Europe, lying in quarantine opposite the port. And this brings me to speak of the sanitary conditions of Venezuela, in which respect that far-off country has no enviable reputation.

A HEALTH CERTIFICATE.

When I mentioned my intention of going there to some friends in Germany, they opened their eyes and mouths and repeated: "To Venezue-e-e-e-la?" Our orb was not large enough to mark off the distance at which they imagined "Venezue-e-e-e-la" to be, and as for the fevers, they were said to be frightful there. In New York my good friends warned me, too. The seaports were full of yellow fever and vomito negro, and other little life promoters. Coming to Puerto Cabello, the climate and healthy situation was praised beyond measure. Merchants residing there for years never experienced even the slightest attack of fever, but they complained at times somewhat of the excessive heat. They warned me, however, of Laguayra. Arriving at that port, nobody knew anything of fever. Savanilla, on the Colombian coast, and Aspinwall are hotbeds of fever, and steamers coming from those ports are placed under quarantine at the slightest indication of illness. Caracas, the capital, is one of the healthiest and cleanest cities of the continent, certainly surpassing our good city of New York in that respect. But when I left for the interior, people warned me again of the Lake of Ticaragua, especially of the region around Tebororo, the great hacienda of Gen. Guzman Blanco. I remained there quite a while, and found the people as hale and healthy as anywhere else. There is a great deal of exaggeration in all these reports of fever, and persons visiting Venezuela during the winter months, from November to March, will be quite safe, provided they live moderately and commit no excesses in eating, drinking, or in bodily exertions. Anybody wishing to see the interior of the country, the wonderful Lake of Maracaibo, and the snowy mountain ranges beyond, or the vast expanse of the llanos of the Orinoco basin, or the famous gold mines of Callao, will do far better by taking passage on one of the many steamers plying between the principal ports of the sea, lakes, and rivers, instead of resorting to travelling on horseback, as I did. In the lower regions round the Lake of Maracaibo and on the Orinoco the heat is excessive, and the comfort nil. There are no hotels, no roads for overland travel, and although the country is absolutely secure, I would not advise anybody to follow in the footsteps of Alexander von Humboldt, as I did in some parts of the country.

The security of inland travel is really astounding. My experiences in other countries,

notably Mexico, made me think it advisable not to leave my rifle and revolver behind. But I never had any occasion to use arms against man, although everybody in the country, as well as in the capital, carries revolvers. Rich coffee planters, merchants, and railroad contractors travel sometimes for many miles, with many thousands of silver dollars thrown over a pack mule, and with no escort whatever. As for wild beasts, there are an enormous number of alligators, tapirs, lions, panthers, and notably serpents in the more southern regions, with centipedes, scorpions, giant spiders, tarantulas, &c., thrown in. But my experiences taught me that these things shun humanity much more than humanity shuns them. White men are very rarely attacked by beasts. The mosquito, however, is a great torment. Wild beasts I saw only occasionally, and they fled as soon as they noticed us. But the traveller will find any quantity if he looks for them.

In the collections I brought back from Venezuela I have the skin of a black water serpent 40 feet long, that of a boa 21 feet long, a rattlesnake with sixteen rattles, and a black cent,

Deers 14 inches long, and nearly 3 1/2 inches thick. If the Indians in the villages one might visit notice the interest one takes in this branch of natural history, they will bring any number of snakes and other reptiles and sell them for a trifle. The only trouble one has with them is the transportation. One day, on the way from the Guarice River to Guigue, I must have presented a curious spectacle, my saddle bags stuffed with insects, Indian idols, and ancient pottery, a dead serpent, and an iguana (species of dragon) suspended from the saddle, a small monkey sitting behind me on the horse, and a beautiful green parrot with blue head and wings in front of me. Many of these objects, besides butterflies and bugs, I had afterward very cleverly stuffed and otherwise prepared for preservation by a Swiss chemist, Mr. Johann Ouss, an assistant of Sturup's pharmacy at Caracas, who furnishes a number of European scientific institutions with interesting collections of that sort.

Next to the scarcity of roads and even bridle-paths, another difficulty is the scarcity of population, there being only 2,125,000 inhabitants altogether. Besides the town populations there are but 1,500,000 inhabitants distributed over a country of nearly 1,500,000 square miles, or one inhabitant to the square mile. Moreover, the existing maps are very deficient. No survey has ever been made of this enormous country, equalling in size the entire basin of the Mississippi. The only partially reliable map I found is one of the State of Guzman Blanco, and even in that mountains are indicated where there are plains and rivers which do not exist. A survey of this country would require many millions of outlay and many years of hard work, and the existing maps are simply a compilation of old observations of Humboldt, Oudassi, and other travellers.

THE CUSTER OF VENEZUELA.

The authorities of Venezuela facilitated my own excursions or travels in every possible way. The President furnished me with an official letter of introduction to all authorities, civil and military, and the different Ministers of State did the same. But the greatest assistance I received came from Gen. Wiedeman, the Commander-in-Chief of the army of Venezuela, a remarkable man, and a daring soldier of the Custer type. Wiedeman, whose portrait was recently published in THE SUN, is a native of Hanover, who came out with his father's entire family when quite a boy. Gen. Guzman Blanco, with the sagacity so characteristic of him, soon attached the young man to his personal staff, and Wiedeman accompanied the Napoleon of Venezuela through all the vicissitudes of his checkered but ultimately glorious career, fighting in all the battles of the earlier revolutions by Guzman's side, and rising gradually from an aid-de-camp to commander of the guerrilla troops, General, and finally General-in-Chief of the army, always remaining a most faithful and influential supporter of Guzman. Wiedeman, in style and manners, reminds me partly of Custer, partly of Garibaldi. He is adored by the troops under his command, and counts innumerable friends all over the interior of the country. Notwithstanding his high rank and his influence, he lives as simple as a common soldier, with a hammock as his bed and a dish of san-coche for his daily meal.

The first day I called on him with my well-known and esteemed friend, Robert Hamilton, at one time Venezuelan Consul-General in New York. Wiedeman was just indulging in a little target shooting in his own room. Two soldiers rolled a small coin along the wall on one side, the General sat on a chair on the opposite side, and amused himself by hitting the rolling coin with a small bullet every time, at a distance of probably thirty feet. With his usual joviality he invited us to partake in this sport, but increased the difficulty of shooting. Taking a handful of the tiny cartridges of a parlor rifle, he placed them in a row along the wall, with the bottom toward us. We succeeded in hitting one of them once in a while, but, taking a

rifle, he fired them off one by one as if they had been snakes.

Learning the object of my visit, he immediately placed his own private horse at my disposal, and furnished me with the most substantial letters to his friends all over the country, organizing excursions in one place, hunting parties in another—a hospitality truly Oriental. On the appointed day the General's fine horse, with an excellent saddle and all the necessary articles for inland travel, were brought to the Hotel Americano by his own servant, who, well acquainted with the country, accompanied me to the end of my long and tedious ride through the land.

It would be impossible to recount within the limited space at my disposal all my observations, experiences, and little adventures, some of which were of a very interesting nature. The most instructive trip I undertook, and one which would bring those who desire to see something of the country through some of the most picturesque parts of it, was the ride from Caracas to Valencia. Owing to the scientific objects I had in view, and the numerous side excursions I had to undertake in consequence, the trip occupied over two weeks, but an ordinary tourist could easily do it within five days. The road between the two cities, although the most frequented of any in the country, is one of the most miserable I ever travelled upon. The first part, leading over the mountain ranges to the town of Los Teques, is passably good, besides offering to the traveller some most beautiful vistas of the Andes. But the road west of Los Teques, leading through the famous valley of Aragua and along the shores of that most picturesque of American lakes, the Lago de Ticaragua, is very bad. There are many deep and rapid streams to be forded, many landslides to be rounded, many marshes to be traversed. All travelling has to be done between 5 in the morning and 6 in the evening, for after the sun has set it becomes quite suddenly dark in these southern countries, and I escaped only by a miracle from falling over precipices or dropping into deep washouts in the road. I usually remained on horseback till about 11 o'clock in the morning, then took a rest during the hottest time of the day, and resumed my travel at about 3 in the afternoon. On the way between Caracas and Valencia there are numerous towns and villages, so that the traveller will always be able to reach a resting place during the daytime.

A VENEZUELA COUNTRY INN.

The usual country inn all over Venezuela reminds me of those of Mexico, Spain, and even northern Africa, for the Moors introduced their mode of living and travelling into Spain, and the Spaniards adopted it for their own country as well as for the colonies, which they founded only a few years after the downfall of the Moors. All these posadas, or fondas, or fonditas, are built in square shape, with an interior courtyard, frequently adorned with flower beds and palm trees and surrounded by galleries. The traveller, after descending from his horse, is usually shown to one of the few large, airy rooms with stone floor and high ceilings, in which three or four folding beds, consisting of a piece of canvas stretched over a wooden frame, and probably one or two chairs, are the only pieces of furniture. In larger towns of 6,000 to 8,000 inhabitants there will be even a wash-table, but its presence is not insisted upon by the weary traveller, who can as well do his washing in the river or the acequia. Sometimes one room has to be shared with two or three fellow travellers, invariably men, for I stopped at posadas where female travellers have not been seen for years. There are of course no glass windows in any of the country "hotels," but the windows are barred with heavy iron gratings and wooden staves. On convenient places under the ceiling there are iron hooks and rings, for the wealthier traveller frequently carries his own hammock, on which, suspended across the room, he pre-

fers to pass the nights sheltered against the attacks of centipedes, scorpions, or other bloodthirsty things, but without defence against bats, some of which are very large. I did not sleep in many rooms without a few bats as roommates. Even in private houses on the haciendas of the wealthier planters they fitted about the room. When they became too familiar and approached my face I got up, and shaking a sheet I drove them out of the window; but they invariably returned, without, however, ever settling down on my face.

One might be able to keep snoring fellow travellers out of the room by engaging all the beds, but sometimes, when guests are numerous and accommodations scanty, one cannot help sharing the room with them. The almuerzo and the comida are not the best, but there are always eggs, chicken, salad, and coffee to be had, while in the larger towns red wine is included in the meals and not to be despised. The reader will probably not be tempted to undertake any travels in Venezuela, but I must confess I have fared worse in many countries with the reputation of being far more civilized than our sister republic. Travellers, after riding on horseback day after day, sometimes for weeks, are usually so tired that they will sleep anywhere, and so hungry that they will eat anything. As a precaution against accident, I invariably carried a bottle of brandy and a few tablets of chocolate along.

In the llanos, on the way to Calaboso, and thence to the Orinoco, the population is much scantier, but there are caravansaries established by the Government, in management somewhat similar to those of Syria and Persia, but not so elaborate in architecture. Indeed, they are little more than mud walls, with a patch of banana or palm trees, and probably a little brook near by. Things are even worse on the Orinoco and Apure Rivers, for there the traveller finds himself in the undisturbed country of the Indians, who, although not inimical to the whites, are, as the accompanying illustrations will show, on a far lower level of civilization than the mongrel population further north and along the coast. The absence of carriage

doors in the posadas of even larger cities show conclusively that carriage travelling is an unknown luxury in Venezuela. There is not a single line of diligencias in the whole country. Even the well-known Spanish-American carreta, drawn by oxen, so much in use in Mexico, are found in Venezuela only on a few highways, for the roads are so miserable that only pack mules can successfully overcome the numerous obstacles. Thus, all the commercial traffic between Puerto Cabello and Valencia is done by donkeys and mules, and the latter are frequently used for riding. Indeed, mules are in Venezuela more expensive than the average horses. On the highway from Caracas over Ciudad de Cura (the capital of the State of Guzman Blanco) and Ortiz to Calaboso, the capital of the plains, I encountered numerous riders and caravans of pack mules, but not a single carriage or diligencia.

These caravans, transporting cheese and hides to Caracas or Valencia, and returning from the capitals or seaports with luxuries, present a curious sight. The little donkeys nearly disappear under their bulky load, strapped firmly to the packsaddle, and usually covered with a piece of raw hide to shelter the load against rain and the burning sun. Each animal is attached to the other by a rope fastened to the saddle of one and the bridle of the next animal behind it. Thus, sometimes, ten to twenty animals trot in Indian file, guided by one llanero on mule back or on foot, and invariably armed with the machete.

THE NATIONAL WEAPON.

The machete, a broad sword or knife, about two to three feet long, and carried without a sheath, is the universal arm of Venezuela and Central America. In the Southern States of this country the principal use for the machete is for cutting sugar cane, but in South America it replaces the pocket knife, the axe, and the sword. The llanero or hacendero is never seen without it. He cuts bread with it, peels sugar cane, cuts bananas and other fruit from the rees, chops wood, cuts his way through the primeval forests, slaughters hens or pigs, and defends himself against the attacks of wild beasts and serpents. There is no better arm against the serpents than a machete, for with a single stroke the native will cut them in two.

The traveller from Caracas to Valencia passes through some of the richest lands of Venezuela, the far-famed coffee region. Between Conejo and Victoria he will find the haciendas of a great number of wealthy Caraqueños, the plantations of Gens. Crespo, Alcantara, and others, near Turmero, the famous hacienda Guayavita, belonging to Gen. Guzman Blanco, and the historical hacienda El Palmar, belonging to the Austrian Consul in Venezuela, my excellent friend, Don Gustavo Vollmer, whose luxurious hospitality I enjoyed for several days. But El Palmar was doubly interesting to me, for Alexander von Humboldt and Friedrich Gerstaecker were my predecessors here, and I had the privilege of sleeping in the same room and on the same bed which these famous travellers had occupied. On that night it was less the attack of bats, less the effect of indulging too freely in "agua de papelón" than the memory of my compatriots which kept me awake for a long while.

A few hours west of Turnero the traveller will reach the large and beautiful lake of Ticaragua, or Valencia, one of the most picturesque lakes I ever saw, reminding me vividly of the Lake of Pazuaro in southwestern Mexico. It was one of the objects of my journey to make a correct survey of this lake and its twenty-two islands, analyze its waters, and make soundings. Moreover, I had to explore the country south of the lake for ancient Indian remains, such as implements, lake dwellings, and tombs. Notwithstanding the terrible fatigue and exposure experienced during these rambles, excavations, mountain ascents, &c., I look back with great satisfaction at the time spent on the lake and its vicinity. Even my little shipwreck on the lake during a very severe tropical thunderstorm, which nearly cost the lives of my two boatmen, if not my own, is now but an interesting reminiscence. Although the lake is over 60 miles in circumference, and its shores well populated, there are no steamers, and but half a dozen rowing boats available. On one of these, named Carmen, I spent many a day on the clear blue waters of the lake, visiting the lonely islands and their primitive but hospitable inhabitants, making surveys, and occasionally shooting water birds, iguanas, and babas (or alligators), in which the lake abounds. The traveller should not fail to visit one or the other of the beautiful, well-wooded islands, abounding in wild game, or to traverse the lake to the hacienda of Tocoron, where a modern edition of the ancient Spanish hidalgos, Gen. Quedro, will receive him with truly Oriental hospitality.

From the western shores of the lake there is a ride of only about two hours to Valencia, a beautiful city of about 85,000 inhabitants, the second largest city of Venezuela, and capital of the State of Carabobo.

E. DE HESSE WARTEGG.

